
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
QUERIDA ABUELITA FANNY
SILVER KANE

Para Nancy el hecho de ver y hablar con la abuelita Fanny, era algo normal, desde que la vio cuando tenía diez años. Lo extraño e insólito era que sólo ella era capaz de verla. Nadie más que ella…

Toda su familia pensaba que padecía un trastorno psicológico ya que la abuelita Fanny… había muerto en un incendio hacía muchos años.



Silver Kane

Querida abuelita Fanny

Bolsilibros: Selección Terror - 18

ePub r1.0
liete 10.12.14

Título original: *Querida abuelita Fanny*
Silver Kane, 1973
Digitalización: xico_weno

Editor digital: liete
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Recuerdo que tenía yo diez años cuando vi por primera vez a abuelita Fanny. Es posible que la hubiera visto antes otras veces, pero ninguna de ellas quedó grabada en mi memoria. Por eso digo que entonces, a los diez años, fue la primera vez. Recuerdo también que estábamos todos en casa, celebrando una fiesta familiar, y yo salí a pasear unos momentos por el parque. Hacía mucho calor dentro de casa y la gente hablaba sin cesar, por lo cual empecé a sentir dolor de cabeza. Di una vuelta por el enorme jardín, donde había árboles centenarios, y entonces fue cuando vi a abuelita Fanny.

Estaba como en el cuadro que presidía la sala principal: sentada en una sillita baja y haciendo labor junto a unas matas de flores. Llevaba puesto aquel mismo chal de colorines que en el cuadro resaltaba prodigiosamente. Sus cabellos blancos tenían un tinte casi violáceo a la luz incierta del atardecer.

Me acerqué a ella.

Yo conocía a abuelita Fanny sólo a través del cuadro.

Siempre había estado allí. Cuando me compraron mi primera bicicleta de tres ruedas y me hice un hartón de circular por la gran sala, aquel gran retrato ya la presidía. Todo el mundo hablaba de ella con gran respeto. Se comentaban las cosas de abuelita Fanny como se comentan las cosas de una gran mujer.

Y ahora la tenía allí.

Haciendo labores como en el cuadro.

Me sonrió haciéndome una mueca de complicidad y me dijo:

—¿Cómo es que no estás con los otros, Nancy?

—Es que hacía mucho calor en el comedor y la gente discutía sin parar junto a la chimenea —contesté—. A ti tampoco te hubiera gustado, abuelita Fanny. Todo el mundo dice que tú eres una mujer muy callada y muy pacífica.

—Es cierto, lo soy. Mira, a mí nunca me han gustado las discusiones, ¿sabes?, sobre todo si tratan de esas cosas tan estúpidas que apasionan a mis hijos, como el fútbol o los candidatos que va a tener este año el partido conservador. ¿Pero qué estoy diciendo? A ti no te interesa el fútbol ni sabes aún lo que es el partido conservador, querida. Anda, dame un beso, las niñas educadas siempre dan un beso a las personas mayores.

Me acerqué y la besé. Recuerdo perfectamente que abuelita Fanny tenía las mejillas tan heladas que sentí un estremecimiento. Nunca, en mis diez años, había sentido un frío semejante ni que me penetrara tan hondo. Lancé un pequeño grito y traté de alejarme. Pero fue entonces cuando ella me sujetó fuertemente por las manos y empezó a suplicar:

—Y ahora deja que te bese yo. Deja que te bese, pequeña… ¡No te vayas!

El frío de sus manos me llegaba hasta las entrañas. Sentí una mezcla curiosa de piedad y de miedo. De miedo a causa de aquel frío que yo nunca había notado jamás tan adentro, y de piedad porque la voz de abuelita Fanny era cariñosa. Yo creo que se sentía muy sola y me estaba suplicando. Pero me mantuve inflexible y le dije gritando que me soltara. Ella me soltó entonces y eché a correr. Creo que nunca había corrido tanto y tan desesperadamente.

Jamás, sin embargo, el parque me había parecido tan inmenso y nuestra casa me había parecido tan lejana. El frío que descendía de los árboles me penetraba hasta los huesos igualmente. E igual que si fueran motas de algodón, se pegaban a mis vestidos los jirones de niebla.

Cuando entré en la casa al fin, todo el mundo seguía discutiendo. Hasta las mujeres chillaban. Pero de pronto, al entrar yo, se produjo un gran silencio y todos los rostros se volvieron hacia mi pequeña figura. Estaba tiritando y me había mojado al chocar con las ramas bajas cargadas de humedad. Papá me preguntó:

—¿Pero dónde has estado, Nancy? ¿Qué has hecho durante todo este tiempo?

—He paseado por el parque, papá.

—¿Has paseado o has corrido? ¿Por qué vienes así, sin poder

ni siquiera respirar?

—Es que he visto a abuelita Fanny.

Recuerdo que el silencio que se hizo en la sala fue auténticamente estremecedor. Hasta entonces había habido murmullos, pero hasta los murmullos cesaron de repente. La gente se volvió lívida. Sólo los que estaban alumbrados por las llamas de la chimenea conservaron un poco de color.

Mamá lanzó un gemido.

Papá, en cambio, me dio unos cariñosos cachetitos en la mejilla.

—Vamos, Nancy, no seas tonta… ¿Cómo has visto a abuelita Fanny?

—Igual que en el cuadro.

Y lo señalé. Sí, era exactamente igual. Hasta las flores parecían las mismas. Mamá volvió a lanzar un gemido, y papá me dio otro cachetito en la mejilla, pero ahora hubiese jurado que estaba muy nervioso.

—No seas tonta, Nancy —me dijo—. Abuelita Fanny murió en un accidente hace años. Precisamente ese cuadro se lo pintaron poco antes de morir, y es el mejor recuerdo que tengo de ella. No has podido verla, puesto que está muerta.

Recuerdo que me puse a llorar. De pronto me entró una pena inmensa al pensar que aquella persona que me había hablado tan amablemente ya no vivía. Pensé que la gran extensión de parque que rodeaba nuestra casa sería muy distinta si a abuelita Fanny no había de visitarla más.

—La he visto —musité sin embargo—. La he visto y me ha dado un beso en la mejilla…

Noté una gran preocupación en las caras de todos. Se miraron unos a otros, y papá dijo de pronto que debía tratarse de una farsante. Que quizá trataban de ganarse mi confianza para poder secuestrarme, ya que él era un hombre muy rico y siempre había de temer que le pasara una cosa así. Me tomó de la mano y me pidió que le llevara al sitio del parque en que yo había visto a abuelita Fanny.

Caminamos largo rato porque yo no me acordaba del sitio exacto. Al fin, por las flores, pude indicarlo. Le dije también que había estado sentada en una silla baja, y papá estuvo buscando

por todas partes las huellas de las patas de aquella silla, así como las huellas de los pies de una persona, pero al parecer no pudo encontrarlas. Luego me acarició los cabellos y me pidió con voz muy dulce que no me preocupara, y que al día siguiente iríamos los dos juntos a ver a un señor muy bueno con el que me haría muy amiga y que se llamaba Benton. Le pregunté si ese señor Benton me haría algún regalo y él me prometió que si, que me regalaría muchas cosas. Pero aquella noche, no sé por qué, fue la primera noche de mi vida en que pedí dormir con una de las criadas. Y la primera noche también en que le dije que cerrara con pestillo la puerta.

* * *

El doctor Benton depositó el cuadernillo sobre la mesa. Estaba lleno de anotaciones en una escritura fina, ágil y nerviosa. Su colega, el doctor Kingston, leyó por sí mismo las últimas líneas. Luego encendió un cigarrillo con gestos preocupados mientras decía:

—La escritura que veo aquí no es la de una niña de diez años. ¿Cuándo anotó todo esto?

—Hace cuatro, cuando ya había cumplido dieciséis. Fue entonces cuando se dedicó a recopilar con cierto orden sus recuerdos. Es una chica torturada, aunque se esfuerce en parecer normal. Mire…

Le llevó hasta el gran cuadro que ocupaba una de las paredes de su lujoso consultorio. El doctor Benton sólo atendía a gente muy rica y se ganaba la vida fabulosamente bien. El cuadro en cuestión era un Rembrandt auténtico, aunque no de los más cotizados. Casi nada… Lo hizo girar sobre sus goznes, igual que si fuera el postigo de una ventana, y detrás apareció un cristal a través del cual se podía ver todo lo que ocurría en la habitación contigua. La persona que estaba en la habitación contigua creía, por supuesto, que se trataba de un espejo, e ignoraba que a través del mismo estaba siendo observada hasta en los menores detalles.

Kingston musitó:

—Diablos…

—No pensaba que fuera tan bonita, ¿verdad?

—No, nunca lo imaginé.

—Tiene ahora veinte años. Es una chica perfecta y además educada con lujo, lo cual quiere decir que además de belleza física tiene una cierta elegancia espiritual que no está al alcance de cualquiera. Pero observe lo nerviosa que está. Incluso se mira continuamente al espejo, como si temiera perder la belleza… ¡a su edad!

En efecto, Nancy se había situado delante justamente de donde ellos estaban. Con un gesto lleno de ansiedad se desabrochó el vestido y descubrió sus preciosos senos ante lo que ella debía creer que era un espejo. Se los miró atentamente, con expresión crítica, como queriendo descubrir en ellos el menor síntoma de pérdida de su belleza. Como eso, a los veinte años, era imposible, terminó por ocultarlos de nuevo, satisfecha del examen.

Los dos hombres estaban algo pálidos.

Sus ojos se habían nublado un momento.

Había que reconocer que acababan de ser testigos de una exhibición de campeonato.

Kingston musitó:

—¿No cree que eso es excesivo, doctor Benton? ¿No atenta con ello a la intimidad de sus pacientes?

—Las personas que sufren algún desarreglo mental carecen de intimidad. Quiero decir que no tienen derecho a ella. Es duro pensar así, ya lo sé, pero una persona de esa clase necesita ser observada día y noche en su propio beneficio. Cada vez que Nancy se somete a una serie de *tests* en mi consultorio, la hago esperar en esa habitación entre prueba y prueba, y así la voy observando. Por otra parte soy médico y no olvide que la tengo a mi cuidado desde hace diez años. No hay miedo de que sienta tentaciones.

El cuadro de Rembrandt volvió a girar, cubriendo el falso espejo. Kingston dejó en un cenicero el cigarrillo a medio consumir. También él, sin poder evitarlo, se sentía nervioso.

—Dice que hace diez años que la trata —musitó—. Entonces era una niña y ahora es una mujer. En ese tiempo, ¿ha vuelto a tener alucinaciones? ¿Ha visto de nuevo a Fanny?

—Sí, varias veces, lo cual indica que las pesadillas siguen. Vea lo

que anotó en esta libretita hace unos tres años:

Kingston la tomó y la ojeó. La letra era nerviosa, pero clara. La muchacha decía:

> *Durante todo este tiempo he estado viendo a abuelita Fanny con regularidad, aunque no me gusta comentarlo. Sólo papá lo sabe. A mamá no puedo decírselo puesto que murió hace dos años. Fue precisamente en su entierro cuando vi a abuelita Fanny con más claridad. Era natural que viniese, puesto que se trataba de dar sepultura a su única hija. La vi en las últimas filas de invitados a la ceremonia, rigurosamente vestida de negro. Asistió a la misa de difuntos y luego se marchó. Cuando le dije a papá que la había visto allí, estuvo a punto de sufrir un ataque. Ordenó a la policía que lo registraran todo, pero no encontraron el menor rastro de abuelita Fanny.*
>
> *Otras dos veces me la encontré, pero no quiso hablarme. Una fue en el metro, entre las estaciones de Victoria y High Street Kensington. El vagón iba bastante lleno y ni siquiera pude acercarme a ella. Pero estoy segura de que era abuelita Fanny, la cual se conservaba asombrosamente bien para su edad. Me hizo un guiño a través de los cristales cuando el metro ya se alejaba.*
>
> *La otra vez fue en casa. Recuerdo que me llevé un susto terrible al verla tan de repente y de aquel modo. Estaba sentada en la biblioteca con la mayor naturalidad, junto al fuego, y me miraba con una sonrisa. A aquella hora no había nadie en nuestra casa de Londres, puesto que habíamos dado fiesta al servicio. Papá estaba en su despacho y mis dos hermanastros y tío John habían salido en sus coches no sé adónde. Tampoco sé cómo podía haber entrado abuelita Fanny, pues las puertas estaban cerradas con llave si no recuerdo mal. Era inexplicable y creo que por eso tuve tanto miedo.*
>
> *Sin embargo ella tenía una expresión la mar de alentadora. Me sonrió y me hizo señas para que me acercase. Me preguntó si me gustaba la labor que estaba haciendo, la cual era la misma de varios años atrás. Cuando le expliqué que sí, me dijo que me estaba volviendo muy guapa y que me prepararía para mí un chal de aquella misma clase.*
>
> *Luego se puso repentinamente seria. Me contó que había*

tenido un sueño muy desagradable y que sabía sin lugar a dudas que tío John iba a morir. Me pidió que no se lo advirtiese, pues eso podía amargarle la existencia en el poco tiempo que le quedaba de vida. Por otra parte, nada se podía hacer para evitar su fin, de modo que era mejor callarse. Al fin me dio un suave cachetito en la mejilla, al estilo de los que me daba papá, y noté que tenía las manos terriblemente heladas, tan heladas como aquella tarde en el jardín de la finca. Se levantó de la butaca me pidió silencio llevándose un dedo a los labios y se fue. Yo estaba tan aterrada que no me atreví ni a seguirla. Creo que nunca en mi vida había sentido tanto miedo como entonces, que nunca me había sentido tan cerca de la propia muerte.

Como es natural, no dije nada a tío John. ¿Para qué, si tampoco me hubiese creído? Él, tan lleno de vitalidad y de salud, ¿cómo iba a morir? Solamente a papá le confesé que había visto a abuelita Fanny otras dos veces, pero sin explicarle la parte más esencial de nuestro diálogo. Papá no se inquietó tanto en esta ocasión y me miró como si yo fuera un bicho raro. Pero así como yo iba sola a ver al doctor Benton, insistió que de ahora en adelante me acompañaría él. Estaba claro que no me creía y que me consideraba una visionaria. Creo que le odié por eso. En cuanto al doctor Benton, da al menos la sensación de que me cree. Sé que es el truco que los médicos emplean siempre, porque si empezara por decirme que todo es producto de una pesadilla, me encerraría en mí misma y no me confiaría a él. Pero al menos da la sensación de que es sincero y de que me cree de verdad. Aunque yo sepa que en el fondo me observa como a un animal raro, siempre es consolador poder confiarse a alguien…

Kingston dejó la agenda donde estaban apuntadas aquellas anotaciones y miró pensativamente el cuadro de Rembrandt como si quisiera ver tras él a la hermosa muchacha. Extrajo el paquete de cigarrillos y fue a fumar uno, pero al final desistió. Con gesto preocupado, miró a Benton, un hombre mucho mayor que él y que le ganaba en experiencia.

—Estas líneas están escritas por una persona absolutamente normal —dijo—. No creo que sea una visionaria.

—Oh, es que Nancy nunca ha dejado de ser una persona

normal… A ver si me entiende, Kingston. Se trata de una chica brillante y con un coeficiente de inteligencia elevadísimo, pero también con un coeficiente elevadísimo de imaginación. ¿Qué significa eso? Que el cuadro de su abuela Fanny, por el motivo que sea, la impresionó. Llegó a impresionarla tanto que a los diez años estuvo segura de haberla visto en carne y hueso. Su cerebro le hizo una mala pasada, porque aquella mujer no existía realmente, pero en cambio sus sentidos trataron de advertirla. Sus sentidos le enviaron el mensaje en virtud del cual ella podía escapar de la trampa tendida por su cerebro. «Las manos estaban terriblemente frías», por ejemplo. Eso indica que abuelita Fanny era una muerta y ella debía saberlo. Sólo necesitaba reaccionar de acuerdo con aquel mensaje de sus sentidos y borrar la pesadilla, pero Nancy no lo consiguió. Otras veces a lo largo de los años esas malas pasadas se repitieron.

Kingston acarició las tapas de piel de la agenda.

Sus movimientos eran pausados, pero estaban llenos de oculto nerviosismo.

Susurró:

—¿Y cómo sabe que abuelita Fanny no existe?

—¡Hombre! Pues porque murió.

—¿Y cómo murió?

—En el incendio del hotel Baltimore. Hubo ochenta víctimas. Usted debe recordarlo.

Kingston asintió pensativamente.

Luego dijo con un soplo de voz:

—Narices.

—¿Qué?…

—Digo que narices. Hubo error en la identificación. Ya está. Y ella se salvó.

—¿En qué se basa, Kingston? ¿En que todas las víctimas aparecieron espantosamente quemadas?

—Ésa es la razón fundamental. En esas condiciones, no se identifica con certeza a nadie.

Benton negó con la cabeza.

—No soy un médico que nació ayer —dijo—. He hecho toda clase de investigaciones con ayuda de detectives privados, pues nunca me perdonaría tratar como una visionaria a una pobre chica

que no lo es. Como su padre, lord Swanson, tiene dinero de sobra, he contratado a los mejores sabuesos del Reino Unido. ¿Resultado? Mire…

Le mostró fotocopias de documentos que guardaba en la carpeta con la anotación «Nancy Swanson». Una de ellas era la tarjeta de registro del hotel, que no fue consumida por el fuego. Allí estaba la firma de abuelita Fanny. Junto a ella, un informe conjunto de cinco peritos caligráficos acreditando que era auténtica.

—Entonces debía tener unos cincuenta años —dijo—. Pese a ser abuela, se conservaba muy bien. Fantásticamente bien, diría yo. Era incluso una mujer hermosa. Al quedar viuda había comenzado a entenderse con el artista teatral Bronston y continuaba haciéndolo.

—¿Qué?…

—Era una mujer libre, ¿no? Yo no trato de juzgarla. Bronston y ella se veían discretamente en el hotel Baltimore. Él rondaba los cincuenta también. Pedía una habitación y cinco minutos después se presentaba Fanny, que pedía la habitación contigua. O a veces actuaban al revés. Si había poca gente en el hotel y no había miedo de que faltaran habitaciones, uno de ellos se presentaba con un día de antelación para no llamar la atención tanto. En esta ocasión Bronston se presentó un día antes. Aquí está su ficha de entrada y su firma, que también es auténtica.

Kingston asintió.

Sentía que unas gotitas de sudor nacían en sus sienes.

Benton, un médico que siempre actuaba fríamente, no había dejado ni un dato al azar. Ahora se daba cuenta.

—Y aquí están las fotografías y los análisis de los cadáveres —dijo, mostrando unas fotos sencillamente espantosas—. Es desagradable, ya lo sé, pero unos científicos como nosotros deben examinarlas con lupa. Y eso es lo que he hecho. Bronston, habitación 504; Fanny, habitación 506. Las puertas de comunicación estaban abiertas. Los dos cadáveres aparecieron sin ropas, pese a que no era hora de dormir. Algunas prendas de la mujer fueron halladas y analizadas: pertenecían a Fanny. Sus joyas, las que no quedaron destruidas por el fuego, también. La edad y conformación del cadáver es la de Fanny. Los cabellos exactos. Fanny tenía una dentadura perfecta, lo que nos ha impedido ir a su dentista para que la identificara por las prótesis dentales, pero ése

es un dato innecesario. Un par de documentos se salvaron: eran de Fanny. Su hija y su yerno la identificaron. ¿Qué quiere más? Y está otro hecho evidente: el lío que tenía con el actor Bronston y que ya duraba años. ¿Cree que Bronston se hubiera equivocado de mujer?

Kingston rió.

No, eso era imposible. Una circunstancia sentimental de esa clase era el dato definitivo.

—Por lo tanto Fanny murió —dijo Kingston suavemente.

—¡Claro!… ¿De qué infiernos piensa que estoy hablando?

—¿Y el cuadro? ¿No hizo retirar el cuadro para que Nancy no sufriera más pesadillas?

—Por descontado que lo hice retirar. Desde entonces está en un desván de la mansión de los Swanson, en el condado de Kent. Nancy no lo ha visto más, pese a lo cual sus pesadillas han mejorado menos de lo que yo pensaba. Y ahora oiga lo que quiero pedirle, Kingston: vigílela y obsérvela. La dejaré a su cuidado dos semanas, mientras yo voy al congreso de Psiquiatría de Moscú. Puesto que ya conoce el caso, no tendrá dificultades para ir llevándolo. En cuanto al tratamiento que pienso seguir, véalo en estos informes.

Kingston los hojeó. Era un tratamiento de observación, un tratamiento rutinario a base de *tests*. Tanto que apenas les dedicó una mirada mientras daba paso a otro pensamiento que le preocupaba mucho más.

—¿Y John? ¿Qué ha sido de John? ¿Ha muerto?

El doctor Benton rió.

—¡Qué tontería! Hace ya años de esa advertencia del «abuelita Fanny» a Nancy y no ha ocurrido nada absolutamente. Ni un accidente de coche, vamos. Además, usted se habría enterado por los periódicos, ya que John es un hombre riquísimo. Tiene una parte de la herencia de «abuelita Fanny». Por cierto, ¿sabe que a ella, antes de que muriera en el incendio del hotel Baltimore, habían tratado de matarla dos veces?

—¿Quién?…

—¿Y cómo quiere que lo sepa? Además la cosa ya no tiene importancia, puesto que Fanny murió. Sólo se lo digo como un dato curioso y que reafirma mi teoría de siempre: en este mundo no se puede ser demasiado rico porque el dinero crea enemigos. Lo cual

no me impide a mí cobrar cincuenta libras por una visita… Je, je… Aprenda, amigo, aprenda. Ah… Y dé recuerdos a tío John cuando fallezca siguiendo las predicciones de abuelita Fanny. Pero no se dé demasiada prisa, ¿sabe? ¡Ese tío va a vivir todavía setenta años!…

CAPÍTULO II

El coche era nada menos que un «Jaguar» deportivo. Se notaba que el hombre que lo conducía tenía dinero largo. Dinero para ruedas, dinero para impuestos y dinero para otras cosas. Porque la chica que llevaba a su lado también era un «Jaguar», pero en versión hembra.

Cualquiera que no fuese ciego (u homosexual) se hubiese quedado pasmado al verla. El volver o no la cabeza para seguir mirándola ya dependía de la fuerza de voluntad de cada uno. Pero el caso es que se trataba de una chica de campeonato, una de esas mujeres que llaman la atención hasta en las calles de Londres, donde se están reuniendo, por obra y gracia de la inmigración, las hembras más bonitas de todas las razas del mundo.

Tendría unos dieciocho años.

En la vida civil era soltera.

En la vida profesional pública era *girl go-go*.

En la vida profesional privada, era una chica que se las sabía todas.

Estaba especializada en cincuentones como John Swanson, que ansiaban quemar las últimas reservas de su juventud. Lo cual equivalía también a quemar numerosos cheques bancarios en provecho de las chicas listas como Jocelyn.

Ella se apeó del «Jaguar» y miró la casa a la luz de la luna.

No le gustó.

Demasiado grande, demasiado solemne, demasiado «importante».

Además, habían atravesado antes un parque que hacía estremecer. Un parque de árboles centenarios donde soplaba un viento gélido y donde extraños jirones de niebla parecían pegarse

como motas de algodón a los faros del coche.

Las ventanas de cristales emplomados reflejaban la luz de la luna.

En todas ellas se veían suaves, borrosas, fantasmales sombras.

John musitó:

—No te gusta, ¿verdad?

—Ni pizca.

—Pero seguro que no habías estado jamás en una casa noble como ésta. Ya van quedando pocas en Inglaterra, Jocelyn. ¿Tú sabes el presupuesto que hace falta sólo para calefacción y para tenerlas limpias?

—No quiero ni imaginarlo. ¡Con la de apartamientos tan preciosos que hay en el distrito de Pimlico!

—También son caros, también… Además, no compares. He querido traerte aquí para vivir una noche distinta. Ya estoy harto de apartamientos en los que oyes gotear hasta el grifo del vecino. Y de noches en las que me dices: «Calla, burro, que nos oyen…».

Ella arrugó el ceño.

—Bueno, pero en cuanto amanezca… ¡largo! ¿Eh?

—Si quieres dejo el motor del coche en marcha…

Ella rió.

—No me hagas caso, John… En el fondo debo de ser una plebeya a la que siempre ha impresionado la nobleza. A lo mejor me gusta esto. Pero no me enseñes toda la casa, ¿eh? ¡Hay salones que hará falta recorrerlos con patines!

Ahora rieron los dos.

John empleó el llavín para franquearse una entrada secundaria.

—¿No hay nadie? —musitó Jocelyn.

—Claro que no. Esta casa es de mi hermano, el jefe de la familia. Sólo la usamos para las bodas, las puestas de largo y cosas así. Ah… Y para los velatorios. Los orgullosos Swanson juzgarían de mal gusto diñarla en otro sitio. La única que no la diñó aquí fue abuelita Fanny, pero ella no tuvo la culpa.

—¿La que me contaste del incendio en el hotel Baltimore?

—La misma. Teníamos su retrato al óleo aquí, pero mi hermano lo hizo retirar porque a Nancy, su hija, le daba miedo desde que tenía diez años. Fíjate.

Había encendido las luces.

Todas las luces, todas las maravillosas arañas de cristal tallado que inundaban los salones en una catarata de luz.

La escalera de piedra tallada resultaba majestuosa. Jocelyn no había visto una igual más que en el Parlamento de Londres.

Susurró:

—Maravilloso…

Los cuadros solemnes ascendían hasta el piso superior. Eran cuadros de personajes de gran clase, que resumían toda la historia de los Swanson. Pero en lo alto de la escalera faltaba uno, un cuadro cuya falta se notaba por aquel lamentable vacío en la pared, que rompía la uniformidad de la galería de personajes.

John explicó:

—Aquí estaba abuelita Fanny. Era una obra maestra, te lo aseguro, pero ya no sé ni dónde para. Lo que siempre le digo a mi hermano es que ordene los cuadros de nuevo para que no se note el vacío, pero él no se preocupa.

Subieron las escaleras.

Arriba había una serie de habitaciones mucho más confortables, con suelo de moqueta, y un dormitorio muy acogedor que era el que usaba John siempre que venía allí. Besó a Jocelyn nada más trasponer la puerta y luego, con esa naturalidad que da la costumbre, le señaló la entrada del cuarto de baño.

—Puedes arreglarte si quieres —dijo—. Yo vendré en seguida.

—¿Adónde vas?

—¿No te gustaría beber una copa de jerez?

—Claro que sí. Yo creo que me animaría…

—Pues la botella hay que ir a buscarla a la bodega. Y las tenemos de reserva especial, no creas… Espera cinco minutos, por favor. Y mientras tanto te pones guapa…

Ella, que se estaba desabrochando el vestido, debajo del cual llevaba muy poca cosa, preguntó ingenuamente:

—¿Todavía más?…

* * *

John descendió a la bodega, que conocía como la palma de su mano. Encendió las luces a su paso y luego seleccionó una botella

de jerez de excelente añada. Subió con ella al piso superior.

Mientras lo hacía, silbaba una cancioncilla. Años antes, los «Guards» escoceses, en cuyo regimiento servía, la habían hecho famosa en las batallas que precedieron al paso del Rhin.

Atravesó la puerta de su dormitorio.

—Jocelyn…

La chica no le contestó.

Debía de estar aún en el cuarto de baño. En según qué aspectos, seguía siendo muy vergonzosa.

—Traigo una botella que te animará, Jocelyn. No has probado nunca una cosa semejante.

Silencio.

John arqueó una ceja.

Quizá la chica quería prepararle una sorpresa, pero Jocelyn no resultaba demasiado aficionada a esas cosas. Era extraño.

Fue hacia el cuarto de baño.

Atravesó la puerta.

Y en ese momento se apagaron las luces. Toda la casa quedó envuelta en un halo espectral de tinieblas. La claridad de la luna daba a aquello un aire tétrico, irreal, un aire de tumba profanada. Los metales del cuarto de baño brillaban como pinzas siniestras que avanzaran hacia John.

—¡Jocelyn!

John no era un cobarde. Pensó que la muchacha le gastaba una broma y que la llevaba demasiado lejos. Con los ojos desencajados gritó:

—¡Ya está bien! ¡No hace falta que organices un carnaval para empezar la noche!

Otra vez el silencio.

Aquel silencio compacto, macizo, donde las sombras se deslizaban como jirones de niebla.

El hombre regresó al dormitorio. Tenía la botella en la mano. Dio unos pasos y de repente resbaló.

Tuvo que hacer un violento esfuerzo para mantenerse en pie. ¿Pero en qué cuerno había resbalado? Dejó la botella sobre una mesita, encendió su «Ronson» y vio entonces el hilo de sangre que partía de un lado de la cama.

Sus ojos se desencajaron.

La mano apenas podía sostener la llamita que rompía en parte aquel cerco de tinieblas.

Fue entonces cuando vio el cuerpo de Jocelyn. Estaba sobre la alfombra, medio oculto por la cama, y ésa era la razón de que no lo hubiera visto antes. Jocelyn tenía los ojos espantosamente abiertos y le mostraba los dientes en una extraña mueca. Un tajo profundo le abría la garganta de izquierda a derecha. Por aquel tajo escapaba aún a borbotones la sangre que empapaba la alfombra y se deslizaba ya por las baldosas.

La habían degollado.

Un solo tajo, certero, duro, implacable.

John hizo extinguir la llamita.

No podía seguir viendo aquello.

Las gotas de sudor, resbalaron hasta su boca. No podía soportar aquella espantosa oscuridad. Pero lo curioso fue que en este momento no pensó que él también corría peligro, sino en el escándalo que se organizaría si le acusaban de haber matado a Jocelyn.

Tomó una decisión.

Sus movimientos eran inseguros. Los nervios hacían que le fallasen las fuerzas. Fue poco a poco hacia las escaleras y encendió de nuevo su «Ronson». No se le ocurrió pensar que eso era un fallo, que él apenas veía nada, mientras que a él le veían perfectamente y podían liquidarle desde las sombras.

Los pies buscaron a tientas los peldaños.

Cada paso, cada movimiento, le costaba tanto esfuerzo como si sus músculos estuvieran rotos.

Alzó la cabeza un poco.

Y de pronto lo vio.

Casi sobre él.

¡El cuadro!

¡El cuadro volvía a estar en su sitio! ¡Fanny, a través de él, le miraba desde los abismos del Más Allá!

¡Incluso parecía moverse!…

Ahora sí que John sintió que le temblaban las rodillas. Ahora sí que le pareció que no iba a tener fuerzas ni para seguir sosteniendo el encendedor en la derecha.

Tragó saliva.

Su cuello estaba espantosamente contraído.

El silencio le envolvía, le ahogaba.

Pero al menos nadie le atacaba de momento. Nada le ocurría. Podía llegar hasta la puerta si se daba prisa. ¡Podía llegar!…

Bajó las escaleras de cuatro en cuatro. Jamás había corrido tanto. Jamás se había portado tan cobardemente, aunque en estos instantes no quisiera reconocerlo.

El aire le faltaba en los pulmones.

Corría a ciegas.

Tropezaba con los muebles, con las cortinas. Sus manos parecían apartar nubes de sombras…

Como en un sueño lejano vio la puerta por la que poco antes entraron Jocelyn y él. Allí tenía la salvación. A poca distancia estaba el «Jaguar» con el que podía dejar atrás a todos los asesinos y a todos los fantasmas. Unos pasos más y podría seguir vivo… vivo…

La palabra le obsesionaba.

Abrió la puerta.

Y entonces la vio.

Pareció como si la propia muerte entrara por sus ojos, como si dos rayos de luz afilados como estiletes le desgarraran las pupilas.

Apenas pudo barbotar:

—Fanny…

¿Pero era posible? ¿Podía estar tan rígida? ¿Podía tener unos ojos tan espantosamente quietos? ¿Podía manejar el cuchillo de aquella manera?

John no pudo ni gritar.

Una mano de hierro le había sujetado por el hombro izquierdo. Mientras tanto la mano también izquierda de la fantasmal figura que tenía delante hacía bajar el cuchillo.

Tres golpes.

Tres veces lo hundió hasta el fondo en el pecho de John, desgarrándolo de arriba abajo.

Luego lo soltó.

El cuerpo del hombre cayó al suelo hecho un ovillo, bañado en su propia sangre, mientras apenas podía barbotar:

—Fanny…

CAPÍTULO III

—Fanny... Fanny... Fanny... Fanny...

La palabra, pronunciada de un modo monocorde, se repetía hasta el infinito, hasta crear una especie de vértigo, una sensación de irrealidad que hizo que los tres hombres se sintieran molestos de pronto.

El superintendente Sullivan cortó.

La voz dejó de oírse. La cinta magnetofónica había dejado de girar.

El doctor Kingston, que en ausencia de Benton había sido llamado como consejero especial, musitó:

—¿Qué significa eso?

—Sencillamente, significa que ésa fue la última palabra que pronunció la víctima —explicó Sullivan con voz opaca.

—Pero no puede ser... La víctima apareció abajo, en las escaleras, y junto a la puerta secundaria. Es decir, a medio camino, puesto que había podido arrastrarse unas yardas hacia el interior de la casa. En cambio el aparato estaba bajo la mesilla de este dormitorio. ¿Cómo ha podido grabar la palabra, si John, antes de morir, debió pronunciarla con voz muy débil? ¡Estaba a demasiada distancia!

—Eso de la voz débil lo supone usted —dijo el superintendente con gesto de hastío—, y hasta le confieso que resulta lógico. Pero muchas personas gritan antes de morir, amigo mío. También es lógico, ¿no? Y seguro que John pronunció el nombre con la suficiente fuerza para que la cinta lo grabase, teniendo en cuenta que el aparato es pequeño, pero de una sensibilidad extraordinaria. La distancia importaba poco.

Kingston se mordió el labio inferior. El policía añadió:

—Nuestros técnicos harán pruebas para medir la sensibilidad exacta de ese aparato y dirán sin lugar a dudas desde qué distancia

fue pronunciado el nombre. Pero no me cabe duda de que estamos oyendo la última palabra que pronunció la víctima.

—¿Y qué hacía ese magnetófono aquí? —susurro Kingston.

El superintendente le miró con curiosidad.

—¿Por qué me hace una pregunta de una cosa que en realidad no le importa? —susurró—. ¿Por qué esquiva la cuestión? Lo que a usted le asombra es que John Swanson, en el momento de morir pronunciara el nombre de Fanny, es decir el nombre de una mujer muerta hace quince años. Pero no se atreve ni a pensar en eso y me interroga sobre el magnetófono. Está bien, le diré por qué está aquí: porque la tal Jocelyn era una pájara.

—¿Una pájara?

—John Swanson era lo que aquí llamamos un hombre «respetable». Sin hijos, pero con una esposa llena de inquietudes y cargada de celos. Un hombre temeroso de cualquier escándalo y por lo tanto fácilmente vulnerable. Con un par de fotografías y un par de cintas como ésa, Jocelyn hubiese tenido la vida asegurada aunque se arrastrara por este cochino mundo durante cien años.

—¿Quiere decir que, situado debajo de la mesilla, el magnetófono iba a grabar todo lo que se dijera en el dormitorio?

—Exacto. Jocelyn buscaba el chantaje, pero eso nos ha permitido reconstruir fielmente los últimos momentos de Swanson. Hasta los pasos y el crujido de las puertas quedaron grabados. Y no digamos sus voces. Por ellas sabemos que no pudo matar a Jocelyn.

Kingston encendió un cigarrillo.

Se daba cuenta de cuál era la situación, pero sólo hasta cierto punto. Podía reconstruir los hechos: John tenía una aventura; la muchacha quiso sacar provecho de la situación y colocó un magnetófono bajo la mesilla para que grabara sus palabras y sus momentos pasionales; pero antes de que esos momentos pasionales se produjeran, Jocelyn había muerto brutalmente asesinada; y John no había sido, puesto que posteriormente se le oía llegar y llamarla.

En cambio el asesino o la asesina no habían producido el menor ruido al entrar en la habitación.

Como si fuera una sombra.

O un muerto…

¿Por qué esa palabra llegó a obsesionar tanto a Kingston? ¿Por qué pensó de repente que se enfrentaba a algo incomprensible, a

algo que había venido desde el Más Allá?

Sullivan le miraba con curiosidad.

—¿En qué piensa? —susurró.

—En Fanny.

—Lo mismo que yo. Pero fíjese… Hasta su retrato falta en la casa. Me han dicho que lo retiraron porque le daba miedo a su nieta. ¿Usted qué sabe de eso, Kingston?

El joven médico apretó los labios.

—Este asunto —susurró—, lo lleva el doctor Benton, que ahora está en Moscú. Pero sé que lo del cuadro es verdad.

—¿Y… dónde podría encontrar a esa muchacha?

—¿Para qué?

—Pongamos que para hacerle algunas preguntas.

—No la torture, Sullivan. Ella es una muchacha sometida a tratamiento. Si pronuncia delante de ella el nombre de Fanny una sola vez, destruirá una labor realizada durante años. Hará pedazos el suelo de cristal en que se asienta la vida de esa pobre chica.

Sullivan cabeceó. Hizo un gesto indicando que comprendía lo que eran aquellas cosas, pese a lo cual Kingston no se tranquilizó ni pizca.

—Bien… —insistió el policía—. ¿Dónde vive exactamente?

—Su padre tiene una casa en uno de los lugares más tradicionales de Londres, en la famosa Baker Street. Supongo que ahora viven allí. Tienen otras residencias en la capital, pero especialmente dedicadas a negocios, porque lord Swanson posee varios despachos.

—Comprendo.

Y Sullivan salió.

Ya no tenía nada más que hacer allí. En cambio le quedaba mucho trabajo en otros lugares de la casa.

Kingston cerró un momento los ojos. Se sentía desbordado por los acontecimientos. Una sensación de vértigo le dominó. Empezó a calcular cuándo llegaría Benton de Moscú para que él pudiera apartarse por completo de aquel caso.

Era como una pesadilla.

No entendía nada de lo sucedido, o mejor dicho entendía con claridad solamente una cosa:

Fanny había vuelto…

* * *

La lluvia caía mansamente sobre las alamedas de Hyde Park cuando Nancy dejó el metro en Marble Arch y se introdujo en él, cruzando a paso rápido bajo la mancha verde de los árboles. El tintineo de la lluvia hacía pensar en mundos desaparecidos, en extrañas voces que llegaban del Más Allá y transmitían mensajes que los seres humanos no sabemos recoger, pese a que se nos repiten una y otra vez. La niebla venía mansamente desde el lado de Kensington y también lo llenaba todo, convirtiendo poco a poco Hyde Park en una mancha gris. No se veía apenas a nadie; los escasos transeúntes eran como sombras furtivas que desaparecían tragadas por el vacío. El runruneo incesante de los coches no llegaba, por fortuna, hasta aquel rincón del parque.

Nancy salió de él, una vez convencida de haber despistado a cualquiera que la siguiese. Durante los dos últimos días había tenido la sensación de que unos ojos implacables iban vigilando todos sus movimientos. Para mayor seguridad, tomó de nuevo el metro en High Street Station y lo dejó en Charing Cross, a buena distancia de allí. Durante el trayecto no notó que la siguiesen.

Ya completamente tranquila, entró en un café de Charing Cross.

Quedan muy pocos cafés en Londres. Todos se han transformado en restaurantes más o menos malos. Ya no hay apenas sitios donde uno pueda sentarse tranquilamente a perder el tiempo.

Pero Nancy conocía un lugar donde aún podía estar tranquila. Se sentó ante el velador con movimientos nerviosos y volvió a mirar en torno suyo, como deseando vigilar una vez más si alguien la había estado siguiendo.

Luego abrió la libretita en la que anotaba todas sus impresiones. Desde unos años antes llevaba una agenda diaria. Con letra menuda y apresurada, una letra que parecía indicar miedo, escribió:

> *Hoy he vuelto a ver a abuelita Fanny.*
>
> *Parece mentira que la gente no lo crea, parece mentira que el propio papá me tomara por una loca cuando se lo conté hace ya tantos años. Hizo retirar el cuadro que estaba en nuestra casa, me llevó ante una serie de médicos y ha convertido mi vida en*

una pesadilla. Todo porque me quiere, porque dice que no está dispuesto a que yo sea una alucinada. ¿Pero qué puedo hacer? Si realmente yo veo a abuelita Fanny, ¿qué es lo que puedo contarles a todas esas personas? ¿Que no la veo? ¿Que no soy más que una pobre loca?

Lo de hoy ha sido perfecto, porque casi nos hemos tropezado en las escaleras del metro de Piccadilly Circus. Todo el mundo sabe que allí hay unas escaleras mecánicas muy empinadas que suben y otras que descienden. Pues bien, yo subía cuando ella bajaba. Es decir nos hemos cruzado a menos de dos pasos. Nos separaban las vallas y todo un andamiaje de resortes y mecanismos, pero sin embargo abuelita Fanny estaba allí, mirándome, y me sonreía desde un punto situado casi al alcance de mi mano. Porque además me sonreía con una ternura especial, como si fuera ella la única persona que me comprendiese.

Estuve a punto de lanzar un grito, porque sentí más miedo que en cualquier otro momento de mi vida. Es extraño, pero aquella sonrisa que quería ser amable me heló la sangre en las venas. Rodeada de gente que casi me empujaba, sentí el mismo terror que habría sentido caso de haber encontrado a abuelita Fanny en el centro de un cementerio desierto. Menos mal que las escaleras metálicas nos separaron pronto, pero aún tuvo tiempo de inclinarse hacia mí y decir:

—Reg… Debes avisar a Reg…

Luego desapareció.

Se la tragó la gente.

Ahora me doy cuenta de que escribo cosas en tiempo pasado y cosas en tiempo presente. No sé… Estoy como aturdida. La misma atmósfera de este café donde me he encerrado me parece irreal, y tengo la sensación de que hay gente que me sigue. He salido a la calle como si estuviera de pronto en una ciudad desierta. ¡Y eso que en Londres hay tanta gente!… No sé cuántos metros he tomado, no sé en cuántos sitios he llegado a estar. Tratando de calmar mis obsesiones he caminado por Whitechapel, los viejos barrios de Jack el Destripador. ¡Qué diferencia de aquellos años en que me han contado que todo estaba lleno de callejuelas y de bares equívocos! Hoy

Whitechapel no es más que un inmenso dormitorio para inmigrantes y gentes de color, donde una oye hablar todos los idiomas de África y Asia. Nada de aquello me ha calmado. He tomado un autobús hasta Oxford Circus y luego he andado sin rumbo intentando librarme de mis pesadillas. Pero ha sido inútil… Sin darme cuenta, he tomado otra vez el metro y me he encontrado en Marble Arch. Lo peor es que yo soy la única que sé que abuelita Fanny vive y nadie me cree… Lo peor es que tengo la sensación de que alguien me sigue a todas partes… No sé si podré resistirlo.

La muchacha dejó de escribir.

Tenía la mirada perdida.

Sus dedos estaban yertos.

Vio de pronto el teléfono, situado en un rincón del local, y se acercó a él para introducir unas monedas. Marcó nerviosamente un número. Sabía que en aquella dirección encontraría a su hermanastro Reg.

En efecto, le contestó él.

—¿Quién es?…

—Soy yo, Nancy.

—Ah, mi querida hermanita…

Se oía un rumor confuso de músicas y de voces al otro lado del cable. Sin duda Reg estaba celebrando una fiesta. Y nada más lógico, pues para celebrar fiestas precisamente tenía aquel lujoso estudio de los alrededores de Grosvenor Road, casi frente al puente de Vauxhall.

La voz de Reg añadió velozmente:

—¿Qué? ¿Otra vez con tus depresiones? ¿Sabes de qué modo te las podría yo curar?

—No digas otra de tus salvajadas, Reg.

—No es ninguna salvajada pedirte que vengas a una de mis fiestas. Hay aquí muchachos estupendos y que estarían encantados de verte. Incluso está Peter, que anda enamorado de ti hace dos años. ¿Por qué no vienes? Precisamente empezamos ahora…

—No te he llamado para eso, Reg.

—¿Pues para qué?

—Otra vez he visto a abuelita Fanny.

—No me digas… ¿Y dónde?

—Se nota que no me crees, Reg.

—Nadie ha dicho que no te crea. ¿Dónde la has visto, muñeca?

—En el metro de Piccadilly.

—Ah, estupendo… ¿Y ya había pagado billete?

—¿Por qué dices eso?

—Porque los muertos no pasan por taquilla. Alguna ventajilla habían de tener.

—No bromees, Reg. Te estoy hablando en serio.

—Y yo te hablo en serio también. ¿Sabes qué debes decirle a abuelita Fanny la próxima vez que la veas?

—¿Qué?

—Le das recuerdos de mi parte. Y le dices que venga también a una de mis fiestas. ¡A lo mejor lo pasa bomba!

Fue a colgar, pero Nancy le pidió:

—Por favor, no lo hagas.

—¿Qué? ¿No has terminado aún? ¿Como broma ya está bien, no?

Ella apretó los labios angustiosamente.

—Reg, he de decirte algo muy grave.

—Que han subido los impuestos sobre el *whisky*. Seguro.

—Ahora el que bromea eres tú. Yo te he hablado siempre absolutamente en serio. Y absolutamente en serio te digo que abuelita Fanny me ha pedido que te advirtiera.

La voz de Reg se hizo áspera. Sin duda todo aquello ya le estaba pareciendo demasiado pesado.

—Bueno, basta, ¿no?

—Por favor, Reg, no cuelgues. Tú sabes que abuelita Fanny me dijo un día que tío John iba a morir.

—De eso hace un montón de años. Bueno, quiero decir que hace un montón de años que te dio por imaginarlo.

—Sin embargo tío John murió.

—¿De la gripe?

—¡Reg, quiero advertirte! ¡Por Dios, no te distraigas un momento! ¡Vete de Inglaterra! ¡Haz algo! ¡Cuando abuelita Fanny me ha hablado de ti ha sido porque sabe que tú también vas a morir!…

Reg gritó con voz ronca:

—¡Idiota!

Y colgó bruscamente.

Sin duda ya no podía más. Aquel diálogo había agotado su paciencia.

Ella aún gimió:

—¡Por favor, Reg!…

Luego se quedó mirando el auricular como una tonta. Le debía parecer increíble que Reg no quisiera escucharla. Con gesto desalentado colgó también y fue hacia la mesa.

Escribió en su cuadernillo de notas, que seguía sobre la mesa:

He advertido a Reg, pero él no quiere oírme…

En aquel momento una mano se posó en su brazo izquierdo. Incluso estando rodeada de tanta gente, Nancy se sintió sobrecogida como por un brusco ramalazo del Más Allá. Alzó la cabeza.

CAPÍTULO IV

El hombre que ahora estaba junto a ella no daba miedo, sino todo lo contrarío. Tenía las facciones agradables y armoniosas. Era joven. Sus ojos claros despedían una chispita de cordialidad. Incluso al poner la mano sobre una persona lo hacía con una especial ternura, como si quisiera protegerla.

Eso formaba parte de su carácter, pero también de su oficio. Tenía que tratar con ternura a la gente si quería curarla.

Nancy musitó:

—Ah, es usted…

Kingston se sentó al otro lado de la mesa y trató de sonreírle. Le ofreció un cigarrillo.

—¿Fuma?…

Ella aceptó con mirada torva.

—¿Cómo sabía que estaba aquí?

—Imaginación que tiene uno.

—No me gusta que los loqueros tengan tanta imaginación. Usted me ha seguido. ¿Cuándo viene el otro loquero de Moscú? Al menos es más viejo y se cansa antes.

—El doctor Benton ya ha regresado de Moscú, pero yo me sigo ocupando de su caso porque él no se encuentra bien —dijo Kingston suavemente, mientras le daba fuego—. Y no nos llame «loqueros». Sólo somos unos vulgares psiquiatras.

—Diga la verdad. ¿Me ha seguido o no?

—La he seguido.

—¿Ve? Yo ya tenía la sensación de que alguien venía detrás mío. Pero lo ha hecho tan bien que no he llegado a verle. Le felicito.

—La he estado siguiendo hace horas —confesó Kingston—. Menuda paliza de recorrer Londres nos hemos dado…

—¿Por qué me ha seguido, Kingston? ¿Por qué atenta de ese modo contra mi libertad?

—Digamos que es una obligación profesional que acepto gustosamente. Digamos que me ocupo de su salud.

Ella se estremeció un momento.

Entrecerró los ojos.

—Oiga, Kingston… ¿Me seguía también cuando he salido del metro en Piccadilly?

—Sí.

—¿Ha visto a… a…? Se lo diré sin rodeos: ¿Ha visto a abuelita Fanny?

Temblaban las manos de la muchacha. Kingston se dio cuenta de hasta qué punto palpitaba el miedo en aquellos ojos. Con un movimiento suave, giró la cabeza negativamente.

—En la estación de Piccadilly había demasiada gente —musitó —. No he visto a nadie que me llamara la atención.

Y giró el cuadernillo que estaba encima de la mesa.

Ella bisbiseó:

—No se atreverá a…

—Perdone, pero el doctor Benton ha examinado sus anteriores libros de memorias. Le conviene que yo vea esto también.

Y leyó todo lo que poco antes había escrito la muchacha.

Sus facciones se oscurecieron mientras pasaba los ojos por encima de aquellas líneas apretadas.

Kingston no podía ocultar una mueca de preocupación que partía en dos la línea de su frente.

Mientras devolvía la agenda de piel a la muchacha susurró:

—¿Por qué no se marcha de Inglaterra? Me extraña que el doctor Benton no le haya recetado esa divertida medicina: un largo viaje, preferiblemente por mar. Los países nuevos hacen que desaparezcan los viejos fantasmas.

—He viajado mucho, doctor Kingston. No tanto como mis hermanastros porque ellos tienen más dinero que yo, pero tampoco me he estado quieta en Londres. ¿Y qué puedo decirle? He visto a abuelita Fanny en varios sitios, no solamente aquí.

Kingston dio una lenta chupada a su cigarrillo mientras miraba a la hermosa muchacha fijamente. El ceñido vestido de ésta hacía que sus senos se marcaran con violencia, casi con procacidad. Un turbio pensamiento pasó por el cerebro de Kingston: recordó cuando los había visto sin que nada los cubriese, detrás de aquel falso espejo.

Pero en seguida apartó aquel recuerdo porque sólo eso le faltaba: que encima le gustase carnalmente la chica.

—Usted lleva el apellido Swanson pero no es hija de lord Swanson, ¿verdad? —susurró.

—Soy adoptada.

—¿Y no le dan tanto dinero como a sus hermanastros?

—Me dan más de lo que necesito. No puedo gastarlo todo.

—He oído como hablaba con Reg.

—Pues ya se habrá enterado de cuál ha sido el resultado, ¿no?

—En efecto; me he dado cuenta de que él no le ha hecho ningún caso.

La muchacha le sujetó entonces febrilmente las manos. De pronto parecía contenta de tenerlo cerca. Con voz que ya no trataba de disimular su ansiedad pidió:

—Por favor… Avise usted a la policía. Haga que vigilen a Reg y que lo protejan. Estoy segura de que va a morir.

—¿Lo dice por esas extrañas palabras de Fanny?

—Claro que sí.

—¿No cree que todo eso puede ser una alucinación?

—Tío John murió. ¿También es una alucinación eso?

—Reconozco que las circunstancias son extrañas —susurró Kingston—, pero a John Swanson pudieron matarlo por muchas cosas, entre otras por celos. La muchacha que le acompañaba tenía una vida… digamos que una vida bastante complicada.

—Piense lo que quiera, pero, por favor, avise a la policía. A mí no me creerían. Haga que protejan a Reg.

Kingston inclinó la cabeza. La voz de la muchacha era tan sincera y tan patética que le impresionó. Además se resistía a creer que estaba tratando con una visionaria. Nancy no sólo arrojaba unos *tests* de inteligencia portentosos, sino que además todo en su vida era lógico, coherente, normal… Todo menos aquellas condenadas visiones (o lo que fuera) durante las cuales hablaba con una mujer muerta.

—Lo haré —musitó—. Y ahora permita que pague esto y la acompañe a casa. No quiero que se tropiece con más «gente extraña» en la estación de Piccadilly Circus.

Ella asintió desmayadamente.

—Como quiera…

Salieron los dos. Meses más tarde recordarían aquélla tensa conversación. Recordarían la primera vez en que se habló de que Reg tenía que morir.

CAPÍTULO V

La verdad fue que durante varios meses no ocurrió nada. Llegó el verano y Londres se llenó de turistas que siempre eran diferentes y siempre parecían los mismos. La abadía de Westminster recibió millones de pisadas de hombres y mujeres llegados de todos los rincones del mundo. Los famosos cuervos de la Torre de Londres oyeron palabras en todos los idiomas (Sin duda el lector conoce la existencia de numerosos cuervos en la Torre de Londres, antigua prisión real y hoy monumento de singular fama. Llegaron allí durante la Gran Peste y a lo largo de innumerables generaciones han permanecido en la Torre. La tradición popular dice que las cosas irán bien en Inglaterra mientras los cuervos de ese monumento gocen de buena salud, y aunque parezca mentira, mucha gente se animaba viéndolos durante los días durísimos de la II Guerra Mundial. De un modo u otro, no les faltó razón: las cosas fueron bien cuando ya parecían perdidas). La gente volvió a dormirse ante los cuadros en los divanes de la Galería Nacional. Las tiendas «porno» del Soho se vieron frecuentadas por hombrecillos ansiosos que buscaban la última emoción estampada en el papel, pero que ellos seguramente no podrían poner en práctica nunca. En fin, ocurrió lo de todos los años, y hasta, para que no faltase nada, se habló de inflación, de crisis y de inminentes cambios en el gabinete.

Lo cierto fue que hasta la policía se llegó a olvidar de la extraña amenaza que parecía pesar sobre Reg. Al principio, atendiendo a los consejos de Kingston, el rico heredero fue discretamente vigilado, y esa vigilancia sirvió para comprobar qué enorme cantidad de lindas damiselas le otorgaban sus favores íntimos. Sin duda el hecho de que Reg gastase el dinero a manos llenas y de que en su apartamento de Grosvenor Road siempre hubiera fiestas, facilitaba bastante las cosas. A la pobre gente que sale de un trabajo y se mete

en otro, las chicas no le dicen «Ahí te pudras».

Pero, en fin, ya se sabe. La vida es así. Precisamente para los que nunca consiguen chicas están las librerías «porno» del Soho.

Fue en octubre, al llegar a Londres los primeros fríos, cuando las cosas empezaron a marchar de otra manera. Fue en octubre cuando aquella pesadilla en la que nadie creía excepto Nancy, empezó a transformarse en una realidad espantosa.

* * *

En la zona de diversiones de Paddington se habían instalado una serie de atracciones provisionales, entre ellas un circo y una Casa de los Horrores. La Casa de los Horrores estaba bien hecha y quizá se quedaría para siempre allí, pero por el momento sólo tenía un permiso eventual. Y Reg, que nunca había puesto los pies en un sitio tan vulgar como Paddington, se encontró aquel anochecer allí después de haber llegado no en su flamante «Wolseley», sino en el metro. Cuando se apeó en la estación de Maida Vale y echó a andar por Randolph Avenue aún le parecía estar viviendo un sueño.

Por primera vez estaba enamorado seriamente de una muchacha.

Y además de una muchacha pobre.

Por primera vez le empezaban a dar asco sus fiestas, sus chicas más o menos bebidas, sus intercambios sexuales en los que lo mismo les daba uno que otro, sus delirios de grandezas y sus conversaciones estúpidas en las que sólo se hablaba de marcas de coches. Por primera vez Reg, a sus veinticinco años, pensaba que la vida puede ser algo más.

Avanzó entre la multitud que llenaba el parque. Katherine, una muchacha que trabajaba diez horas al día para mantener a sus padres, no sabía que el hombre que había acudido a su cita con ella era uno de los herederos más ricos del Reino Unido.

Reg no se lo había dicho para que no creyese que la consideraba una aventura. Estaba sinceramente enamorado de ella y esperaba la oportunidad de decirle la verdad y pedirla en matrimonio. Pero mientras tanto quería portarse como un muchacho vulgar, como un muchacho de su clase, para que ambos se fueran conociendo.

Katherine le besó en una mejilla.

Estaba radiante aquella noche.

Reg la besó también, pero en la boca. Después de haber conocido a tantas chicas que practicaban, por lo menos, el *petting*, o sea toda clase de manejos eróticos, pero sin poner en peligro la virginidad, el tratar a una muchacha sincera de verdad le producía una desconocida emoción. Como tuvo la sensación de que ella se sobresaltaba y además el beso le supo a poco, susurró:

—¿Por qué no entramos en la Casa de los Horrores?

—¿Es que te gusta pasar miedo?

—¿Miedo? Los muñecos que hay ahí son una tontería…

—¿Pues entonces por qué entramos?

Él sonrió.

—¿No lo adivinas?

Los ojos de Katherine se volvieron deliciosamente turbios.

—Quieres que estemos en la oscuridad para besarme otra vez en la boca, ¿no?

—Otras parejas lo hacen a la luz del día.

—Yo no, Reg. Tú lo sabes.

—Por eso quiero que entremos en la Casa de los Horrores. A lo mejor tengo suerte y te convenzo.

Rieron los dos.

Mientras casi todo el mundo se dirigía hacia el circo, ellos entraron en la Casa de los Horrores y se perdieron entre el dédalo de espejos deformantes, de luces que se apagaban de pronto, de chillidos guturales, de muñecos que se levantaban y caían… Toda aquella clase de pretextos, conocidos desde siempre, para que las parejas tuvieran una excusa que les permitiera abrazarse.

Katherine se dejó besar. Y muchas veces.

Naturalmente que sí. Tampoco era una ñoña. Pero no permitió que Reg la estrechase con fuerza.

Incluso durante un momento en que Reg se puso demasiado pesado, se separó de él y se perdió entre la oscuridad, pero para volver casi en seguida. De pronto parecía asustada. Las luces amarillas, rojas, violetas, se proyectaban sobre su rostro y lo llenaban de tonalidades fantasmales. Era extraño su cambio de actitud. Ahora estaba sinceramente asustada. Los gritos guturales que llenaban la Casa de los Horrores y que antes no le habían dado

más que risa, parecían haberse metido de pronto en su cerebro como una misteriosa amenaza.

Al propio Reg le extrañó aquello. Tomó en sus brazos a Katherine mientras musitaba:

—¿Pero qué te pasa?

—Nada, Reg, es una tontería.

—Parece como si algo te hubiese dado miedo de verdad…

—Sí.

—¿Pero qué es? Aquí todas las cosas son inocentes. La verdad, no hay nada que impresione…

—Verás… Al otro lado del recodo hay una vieja.

—¿Una vieja?…

—Sí, y antes no estaba.

Él trató de reír.

—Bueno… Será una visitante como nosotros.

—No, Reg.

—¿Por qué no?

—Da una sensación extraña. Da la sensación… de que nos acecha.

—¿A nosotros? ¡Qué tontería!

Ella se estremeció.

—Por favor, vámonos de aquí, Reg. Ya sabes que no soy una niña, pero vámonos.

—Es que… justamente tenemos que pasar por donde tú dices que está esa vieja.

—¿No hay otro camino, Reg?

—No lo creo. Y además ya has despertado mi curiosidad, ¿sabes? Me extraña que una simple vieja pueda darte miedo a ti, que no tienes miedo a nada…

La tomó del brazo y avanzaron.

Durante unos instantes le pareció a Reg que se hundía en una especie de mar fantasmagórico. Las luces cambiantes, los gritos, los muñecos mecánicos que se alzaban y volvían a caer…

De pronto todo su cuerpo pareció sufrir una sacudida eléctrica.

Sus dientes entrechocaron.

Balbució:

—Abuelita Fanny…

No pudo pronunciar una palabra más. Sus ojos estaban

desencajados. Sus labios temblaban. Sus rodillas notaban una progresiva debilidad que le impedía moverlas.

«Abuelita Fanny…».

Eso no llegó a decirlo. Sólo lo pensó. Su rostro quedó convertido en una máscara de horror mientras veía moverse aquel brazo.

Fue un movimiento muy curioso.

Como el de una catapulta.

Una especie de garfio de hierro le sujetó por el hombro izquierdo. Y un brazo izquierdo armado de un cuchillo se movió hacia él.

Fue instantáneo.

Un solo golpe.

El cuchillo penetró hasta el fondo del corazón de Reg. Éste se estremeció. De su boca partió un chorro de sangre.

Katherine chilló espasmódicamente, chilló hasta volverse loca, mientras se llevaba ambas manos a la cabeza. Chilló mientras la cara arrugada de abuelita Fanny giraba frenéticamente, giraba, giraba, giraba…

La muchacha tuvo un espasmo y cayó al suelo sin sentido. En aquel momento no pudo ni imaginar siquiera que era eso precisamente lo que le salvaba la vida.

En caso de seguir teniendo los ojos abiertos, abuelita Fanny hubiese acabado con ella.

Pero cuando Katherine cayó a sus pies, ya no corrió ningún peligro. Al contrario. Ahora hubiera podido decirse que abuelita Fanny casi la compadecía.

Los gritos guturales continuaron, los muñecos mecánicos se alzaron y cayeron una y diez veces, las luces siguieron girando con colores verdes, violetas, rojos…

Pero ahora giraban viscosas sobre la cara terriblemente pálida de Reg y sobre la mancha escarlata de su sangre.

CAPÍTULO VI

Sullivan, el hombre que había llevado en Scotland Yard el asunto de la muerte de John Swanson (por cierto sin adelantar absolutamente nada) fue también el encargado de averiguar el misterio de la muerte de Reg. Y, dadas las circunstancias, no tiene nada de extraño que el pobre Sullivan se apresurara a pedir en seguida una semana de vacaciones. Tampoco tiene nada de extraño, por supuesto, que se las negaran y encima le clavaran una bronca.

Aquella mañana, cuando volvió a su despachó después de asistir a la autopsia, tenía las facciones de color ceniza.

Kingston le esperaba allí.

Le esperaban también una serie de importantes personajes de la Brigada de Homicidios. Todos tenían la cara que hubiesen puesto si les hubieran rebajado el sueldo y aumentado los impuestos. Sullivan les hizo una rabiosa seña para que se marchasen de allí.

—No necesito la Brigada de Homicidios —masculló—. Lo que necesito es la Brigada de Fantasmas.

—No existe —dijo uno de sus ayudantes con voz espesa—. Pero si quiere la crearemos, jefe.

—¡Váyanse al infierno!

Todos se largaron.

En el infierno se estaría mejor que allí.

Kingston estaba ya en la puerta cuando Sullivan le pidió:

—Por favor, usted quédese.

—¿Para qué me necesita?

—Usted es el hombre clave, Kingston. A pesar de su juventud, es el único que quizá logre resolver algo.

—¿Por qué razón?

—¿Y lo pregunta? —la puerta del despacho ya se había cerrado y Sullivan se puso nerviosamente entre los labios un «Craven»—. Usted es el único que supo esto con anticipación, Kingston. El que

me advirtió de la extraña profecía de Nancy.

—Y ustedes vigilaron a Reg durante mucho tiempo. Pero ahora lamenta haber dejado de hacerlo cuando creía que ya no pasaría nada, ¿verdad?

—Eso es, Kingston. Ahora lamento haber dejado de hacerlo. Durante mucho tiempo nos hartamos de seguirle los pasos a Reginald Swanson. ¿Para qué? Para nada. Llegó un momento en que pensé que ya no debía hacer más caso de los fantasmas, un momento en que me dije que era estúpida esa leyenda de abuelita Fanny.

Casi partió en dos el cigarrillo a causa de la rabia con que lo mordía. Luego mascullό:

—Pero ahora tenemos un testigo. Ahora hay alguien que ha visto a abuelita Fanny matar.

Produjo un chasquido con los dedos mientras se derrumbaba en el sillón detrás de su mesa.

Kingston preguntó:

—Se refiere a Katherine, supongo. La muchacha a la que no comprendo cómo dejaron viva, puesto que es un testigo de excepción.

—¿Y qué? Abuelita Fanny —y perdone que siga llamándola así— no tiene miedo de ella. Los fantasmas no tienen miedo de los testigos. ¿Comprenderemos eso alguna vez?

—Lo que me sorprende es que esté usted empezando a creer en los fantasmas, Sullivan.

—Sólo en uno: en abuelita Fanny.

—Comprendo que usted tenga la sensación de que va a volverse loco —dijo Kingston—, pero en el fondo peor estoy yo. Siempre había creído que Nancy sufría alucinaciones y ahora resulta que no es cierto. Ahora resulta que estaba diciendo la verdad.

—¿Sabe lo que esto significa, Kingston? Que Fanny Swanson, la siniestra abuelita Fanny, está viva. Y no sólo eso: está viva y es una loca homicida. Por alguna razón que ignoro parece querer acabar con toda su familia, dejando probablemente a Nancy para lo último. Esa muchacha no se da verdadera cuenta del peligro que corre.

—¿Y qué piensa hacer para evitarlo, Sullivan?

—En primer lugar, vigilarla estrechamente. Nadie se acercará a ella sin que nosotros lo sepamos. En segundo lugar, removeré otra

vez cielo y tierra hasta averiguar lo que pasó en el hotel Baltimore.

—Lo del hotel Baltimore ya está revisado, Sullivan; la policía ha metido una y cien veces las narices en aquella ciénaga. No sólo se reunían allí Fanny Swanson y el actor Bronston, sino otras parejas del llamado «buen mundo». Está archicomprobado que murió, de manera que no insista en eso.

Las facciones de Sullivan tenían el mismo color que la ceniza de su cigarrillo. Con un soplo de voz balbució:

—¿De modo que… hay que creer en fantasmas?

—Y en fantasmas que, además, son fiel copia de los muertos a quienes sustituyen —musitó Kingston—. Abuelita Fanny era zurda. Lo mismo John que Reg han muerto apuñalados por una mano izquierda.

Sullivan arrojó el cigarrillo. Buscó otro, pero el paquete se le arrugó entre los dedos de tan nervioso que estaba. Mientras miraba por la ventana hacia el paisaje gris de Londres, barbotó:

—Y además, en ambos casos, el cuchillo estaba envenenado. El golpe no podía fallar. ¿Sabe que abuelita Fanny había sido una experta en venenos, Kingston?

El joven tragó saliva.

—No… Con franqueza, no lo sabía.

—Era una «amateur», claro, pero se había dedicado bastante a eso. Y ahora déjeme solo, Kingston, por favor. Tenía la estúpida esperanza de que usted me aclarara algo, pero como no ha sido así voy a hacer algo muy sencillo.

—¿Qué?

—Presentar mi dimisión. Escribo la carta en diez minutos.

Kingston pisó suavemente los restos del cigarrillo que el otro había dejado caer sobre la alfombra y musitó:

—¿Presentar su dimisión? ¿Y qué va a conseguir con eso? ¿Irse a descansar a una casa de campo donde a lo mejor tiene una habitación alquilada abuelita Fanny?…

* * *

Llevaba muchos meses sin verla, y hoy, de pronto, ha

aparecido ante mis ojos otra vez. Todo ha ocurrido al volver a la vieja casa donde murió tío John, la vieja casa en que yo viví cuando era niña. De pronto me dije que todo aquello debía estar demasiado abandonado y fui. Lo que no comprendo es cómo me atreví a dirigirme sola a aquel caserón desde cuyas torres parecían contemplarme todos los fantasmas de la familia.

Tres semanas antes se habían celebrado allí los solemnes funerales por Reg, siguiendo la costumbre de que todas las exequias se celebraran en nuestra vieja casa del condado de Kent. Dejé mi pequeño «Cooper» en el parque y penetré en la casa. Recuerdo que el viento silbaba quedamente entre los árboles y que seguía arrastrando aquellos extraños jirones de niebla que tanto me asustaban cuando era niña. Fuera de aquel silbido del viento, todo lo demás era silencio, un silencio agorero que me helaba la sangre.

Sólo abrir la puerta ya me arrepentí de haber puesto los pies allí, y especialmente viniendo sola. Me di cuenta de que aún no habían sido retirados los crespones negros. Toda la casa olía a muerto. Hasta alguien había dejado siniestramente esparcidas por las alfombras las últimas flores de las coronas.

Pero lo más estremecedor, lo más asombroso era aquello.

El retrato de abuelita Fanny volvía a estar en su sitio. Durante los funerales no estuvo allí porque nadie hubiera podido soportarlo. Y ahora, de repente, volvía a ocupar el lugar de honor. Su presencia y su mirada misteriosa llenaban la casa.

¿Quién lo había puesto allí? ¿De dónde llegaba aquella maldición que parecía aplastarnos a todos?

Cerré la puerta a mi espalda.

Una fuerza superior a mí guiaba mis pasos. Oía él «toc, toc, toc» de mis zapatos sobre las baldosas desnudas. Aparte de aquello, el silencio hubiera sido espantoso en la casa de no oírse entre las ventanas el silbido del viento.

Menos mal que era de día.

De lo contrario creo que no hubiera podido resistirlo.

Fue entonces cuando oí el sonido del piano. Llegaba nítida y claramente desde la sala de música, y un frío visceral llegó hasta mis huesos. Pero sin embargo era una canción alegre, una especie de canción de cuna que abuelita Fanny me cantaba cuando yo

era una niña.

Como atraída por un imán, avancé en la dirección de aquel sonido.

Creo que había contenido la respiración.

Ya no oía ni el sonido de mis pasos porque me parecía flotar en el aire enrarecido de la casa.

Abrí la puerta y la vi. Abuelita Fanny estaba detrás del piano y tocaba aquella música mientras una sonrisa nostálgica flotaba en sus labios. Yo hubiese jurado que era una sonrisa dulce. Me miró con los ojos entornados y me hizo una seña con la mano izquierda para que no la interrumpiese. Yo me quedé quieta en la puerta, como fascinada, mientras todo parecía dar vueltas en torno a mis ojos.

Cuando la música cesó, abuelita Fanny me hizo una seña. Recuerdo que hacía un frío espantoso en la casa, pero ella parecía no notarlo. Se sentó junto a la chimenea apagada y me miró como si yo fuera una niña que hubiese cometido una travesura. En tono de dulce reproche dijo:

—Hiciste mal. Tenías que haber avisado a Reg.

Me mordí los labios angustiosamente.

—Lo avisé, abuelita Fanny, te juro que lo avisé del modo que tú me dijiste.

—No pude hablarte con más claridad cuando estábamos en la estación de Piccadilly Circus, ¿comprendes? De todos modos me di cuenta en seguida de que tú me entendías. ¿Pero por qué no tomó Reg precauciones? ¿Por qué no hizo caso de lo que tú le dijiste?

A mí me parecía estar soñando.

Abuelita Fanny hablaba como si no fuese ella la que le había matado.

Curiosamente, y a pesar de todo, mi miedo había desaparecido. Estaba segura de que abuelita Fanny no iba a intentar nada contra mí. Yo era su favorita, yo era la única a la que antes quería en la casa. Y, en efecto, me sonrió amistosamente y me dijo:

—¿Por qué no me das un beso?

Yo me acerqué. Seguía pareciéndome que flotaba. Luego me di cuenta de que andaba sobre las puntas de los pies porque no

me atrevía ni a pisar bien el suelo. Me acerqué a abuelita Fanny y el frío espantoso de su piel se transmitió hasta la mía a través del aire.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo besarme?

Negué con la cabeza.

Volvía a sentir lo mismo que sentí cuando tenía diez años y la vi por primera vez, en el inmenso parque de aquella misma casa: una intensa y extraña mezcla de repulsión, cariño y miedo. Pero hubiese jurado que su mirada era dulce y que no quería nada malo para mí.

La besé.

El frío llegó hasta mis huesos.

Creo que nunca he tenido una tan angustiosa sensación de muerte.

—Y ahora debes hacerme un favor —dijo con la mayor naturalidad.

—¿Cuál?

—Avisa a Albert.

—¿Albert?

—Sí, tu hermanastro. ¿Por qué te extrañas tanto?

—Es que…

Me sentía desfallecer. Las piernas se me doblaban. ¡Y sin embargo abuelita Fanny me hablaba con la mayor naturalidad, como si tal cosa!…

—Dile que morirá —susurró.

—Pero…, pero… —y de pronto estallé—. ¡Eso es horrible! ¡Al fin y al cabo a Reg y a tío John los has matado tú… tú…! ¡TÚ!

Estaba como enloquecida.

Creo que jamás me había atrevido a tanto.

Fui a abofetearla. No podía más. Mis dientes rechinaban. Le puse la mano encima y el frío me frenó como si fuese una muralla invisible.

Ella me sujetó por las muñecas.

Tenía mucha fuerza.

Me miraba fijamente; sus ojos me hipnotizaban. Había algo en ella más fuerte que mi vida, que mi voluntad, que mis sentidos.

—No vuelvas a hacer eso —susurró—. No lo hagas otra vez o tú también les acompañarás.

Creo que es a partir de ese momento cuando no recuerdo nada. Yo juraría que en el último instante abuelita Fanny me sonrió amistosamente. Le sabía mal haberme asustado. Pero todo empezó a dar vueltas cada vez más rápidas hasta que caí de bruces. Entonces me pareció oír, como en un lejano sueño, el ruido de un coche que se detenía ante la casa.

La música del piano volvió a sonar. Yo diría que Fanny se despedía amistosamente de mí, como si quisiera indicarme que nada debía temer.

¿O quizá era un himno de réquiem por Albert? ¿Tal vez?…

No sé. En aquel momento era absolutamente incapaz de decirlo.

CAPÍTULO VII

—La música efectivamente, estaba sonando cuando entramos en la casa —dijo el sargento Thompson con voz velada—. Era la música de un piano, como Nancy Swanson dice en las notas que escribió después. Nosotros la seguimos, como tenemos ordenado, cuando en su coche parecía dirigirse a Dover, pero la perdimos en Putney Bridge. Entonces éste —y señaló al cabo Robinson— dijo que quizá se dirigía a la vieja casa familiar situada en el condado de Kent, y nos dirigimos hacia allí. Pero, como no conocíamos bien el camino, dimos un largo rodeo hasta encontrar el «Cooper» detenido enfrente de la casa. Seguro que no llevaba más de diez minutos allí, porque el motor aún estaba caliente. Oímos la música del piano. Entramos en tromba, a pesar de que no teníamos orden de registro y la encontramos desmayada en una de las habitaciones. Junto a ella había un piano, pero en el minuto inmediatamente anterior, mientras nosotros entrábamos, el cacharro ya había dejado de sonar. Nos hicimos cargo de la chica y… ¡ejem!… y le dimos un trago. Yo siempre llevo una petaca de *whisky*, señor, cuando hago servicio fuera de Londres. Se animó y empezó a chillar. Fue después cuando tuvo aquel terrible ataque de nervios.

Kingston asintió silenciosamente.

Estaba en uno de los despachos de la clínica de Benton, que asistía a aquella reunión, además del inspector Sullivan, encargado del caso. Curiosamente parecían tener allí más importancia los médicos que los policías. Además Nancy, después de su terrible crisis nerviosa, había estado un par de días internada bajo la vigilancia de Kingston.

Éste musitó:

—A Nancy le di el alta ayer. Felizmente ya ha superado la crisis y está más tranquila, pero creo que habrá que tomar una decisión con ella. Un nuevo *shock* como ése no lo resistirá.

Benton le miró con ojos entornados.

—¿Usted cree que vio a Fanny realmente? —musitó.

—¿Y qué otra cosa puedo creer?

El doctor Benton acabó por cerrar los ojos.

—He estado pensando en ese condenado asunto y dándole cien vueltas —musitó—. La pesadilla empezó para Nancy a los diez años y ahora ya tiene veinte. Confieso que no he podido curarla y que, al contrario, está cada vez peor. Existen en psicología algunas teorías que hablan de la «corporeización de los pensamientos». Es decir, una persona puede ver o imaginar algo con tal intensidad que no sólo lo verá ella, sino también los otros. Es decir, materializará sus ideas, o para decirlo de otro modo, convertirá en una cosa visible sus propios fantasmas. Me pregunto si, al imaginar con tanta intensidad a su abuela Fanny, esa muchacha no habrá llegado a «crearla» de nuevo. Por tanto es posible que alguien más la haya visto, como por ejemplo aquella muchacha que acompañaba a Reg cuando éste murió. Ésa podría ser una explicación más o menos científica para el extraño fenómeno, pues hay hipnotizadores que hacen «ver» a la gente los personajes que ellos mismos crean y que, por supuesto, no existen. Nancy podría ser una hipnotizadora inconsciente, sin saberlo ella misma. Claro que…

Entrelazó un momento los dedos con un gesto que tenía algo de desesperado.

Kingston terminó la frase por él.

—Claro que eso no explica los crímenes, ¿verdad? —preguntó.

—No, no los explica, y eso es lo que está a punto de volverme loco a mi también, a pesar de toda mi experiencia —dijo Benton—. Cuando la policía trajo a Nancy Swanson todavía bajo los efectos del *shock*, la administré un sedante para que descansara y luego le pedí, ya al día siguiente, que redactara por escrito todo lo que había ocurrido. El resultado está aquí —movió la agenda de cubiertas de piel—, y todo coincide exactamente con lo declarado por los agentes, o sea que esa chica no miente. Ahora bien, ¿qué explicación tiene esto? ¿En qué clase de infierno está metida esa pobre Nancy Swanson?

—En el mismo infierno en que nos está metiendo a nosotros —dijo sombríamente el cabo Robinson.

—Lo cierto es que hay que tomar una decisión —masculló

Sullivan—. ¿Dónde está Nancy ahora?

Kingston encendió un cigarrillo.

—Ya le he dicho que la di de alta. Supongo que sus hombres la vigilan para protegerla.

—Cierto, pero no me fío de mis hombres. A veces es muy difícil seguir a una persona en Londres sin que se escabulla. ¿Le ha dicho más o menos dónde pensaba ir, Kingston?

—No.

Benton produjo un chasquido con dos dedos.

—De todos modos ella no corre peligro —murmuró—. Estoy seguro de que no le harán ningún daño. El que me preocupa es Albert. ¿Dónde está Albert en este momento?

—En su apartamento de Pimlico —dijo el sargento—. Lo protegen estrechamente, de modo que no tema por él.

—¿Qué hora es? —preguntó Benton.

—Las diez de la noche.

—¿Y Nancy sigue en la calle? ¿Y Nancy está incontrolada, o al menos, puede estarlo? No me gusta nada esto, aunque piense que esa muchacha no corre ningún peligro. O, mejor dicho, sí que lo corre. Antes no me he expresado con la suficiente claridad: está tan aterrorizada que corre el peligro de quitarse la vida ella misma. Por eso creo que ha hecho mal en darla de alta, doctor Kingston.

—Caso de querer matarse lo podía haber hecho también en la clínica —dijo el joven—. Al contrario, a esa clase de enfermos el ambiente normal y la calle les sientan mejor.

Benton se puso en pie y miró a través de la ventana las negras sombras de la noche. El centro de Londres era una luminaria, pero había docenas y docenas de millas de calles que estaban hundidas en unas discretas tinieblas. ¿Dónde estaba Nancy? ¿Qué hacía a aquellas horas? ¿La seguían realmente los hombres de Scotland Yard? ¿O estaba sola con sus horribles pesadillas?

—Menos mal que abuelita Fanny no existe —dijo el doctor Benton pensativamente, mientras veía su propia imagen reflejada en el cristal de la ventana—. Menos mal que no…

Y en aquel momento sonó el teléfono.

Fue él mismo quien lo descolgó, ya que le habían pasado directamente la comunicación.

—Doctor Benton al habla. Diga —murmuró.

Una voz angustiosa, ronca, jadeante, le habló desde algún sitio lejano, desde algún sitio que parecía situado al otro lado de Londres.

—Doctor Benton… Soy… soy Katherine… Soy la chica que estaba con Reg Swanson cuando lo mataron… Por favor, escúcheme… He llamado a Scotland Yard… Me han dicho que el inspector Sullivan está ahí…

La voz era tan ansiosa, tan patética, que el médico tuvo un estremecimiento.

—Sí —dijo—, claro que está aquí. Ahora mismo se pone. Dígame… ¿desde dónde habla usted?

—Desde una cabina pública de… de Wellington Road.

—Eso está muy lejos de aquí…

—Por favor… No me haga más preguntas… ¡Tengo miedo! ¡Estoy sola y tengo miedo! ¡Por Dios, ayúdeme! ¡He recordado algo de cuando vi morir a Reg! ¡Algo muy importante! Lo he recordado… ¡cuando he visto otra vez a abuelita Fanny!…

Benton se estremeció. El impacto de aquellas palabras fue tan brutal que el auricular casi resbaló de entre sus dedos. Ni siquiera había dejado que se pusiera el inspector Sullivan. Con voz ronca barbotó:

—¿Dice que ha visto otra vez a Fanny? ¿Dónde? ¡Por Dios, hable! ¿DÓNDE?

—¡Aquí! —gritó la voz angustiada de la muchacha—. ¡La tengo aquí mismo, al lado de la cabina! ¡Por todos los santos, ayúdenme! ¡Ayúdenmeeee!… ¡La tengo aquí! ¡Va a empujar la puerta de la cabina! ¡ABUELITA FANNY VA A ENTRAR!…

CAPÍTULO VIII

El aparato hizo un brusco ruido y se cortó la comunicación. Ya se habían terminado las monedas. Un silencio hosco, agorero, cargado de amenazas, rodeó la cabina donde estaba Katherine.

Era el silencio de la muerte, y ella lo sabía.

Dicen que los que van a morir captan en un segundo más cosas que durante días y días de existencia, y algo parecido fue lo que le ocurrió a Katherine. A través de los cristales, mientras se sentía ya irreparablemente sola, vio los coches que pasaban a gran velocidad por Wellington Road. Pero nadie se fijaba en la cabina, de modo que no llegarían a tiempo de salvarla. Vio también algunos transeúntes lejanos que acababan de salir de la estación del metro de Saint John's Wood, pero ninguno de ellos se dirigió hacia allí. También estaban demasiado lejos para ayudarla. Vio por fin, al fondo de la calle, las luces de Park Road que empezaban a ser difuminadas por la niebla.

Lo último que miró fue aquel horror.

Lo último que miró fue a abuelita Fanny.

Ella estaba allí, al lado de los cristales de la cabina, y la miraba fijamente. Lo curioso —casi lo estremecedor— era que abuelita Fanny *no quería dar miedo*. Le sonreía benévolamente mientras le hacía señas para que saliese, a fin de no tener que entrar ella en la cabina. Casi se diría que trataba de darle ánimos, de alentarla.

Katherine se estremeció.

Justamente era aquello lo que le daba más miedo.

SU SONRISA DE VIEJECITA BUENA.

Se había encontrado con Fanny en Acacia Road, al dirigirse a su casa. La había visto como surgiendo de una masa de niebla, más allá de los árboles misteriosos de Regent's Park. Abuelita Fanny se había acercado a ella y le había hecho un gesto.

En aquel momento no pasaba nadie más por la calle.

Acacia Road era un desierto.

Katherine había sentido entonces en el cuello el sabor de la muerte, pero al mismo tiempo… *¡se había dado cuenta de algo!*… Ella tenía ojos para ver… ¡y ella había visto algo que lo cambiaba todo!

Por eso había corrido como una loca en dirección a la cabina telefónica más próxima que conocía, y que estaba en Wellington Road. Pensaba que aquella vieja sería incapaz de seguirla. Y sin embargo, apenas había hablado un minuto… ¡cuando la vio otra vez allí! ¡Estaba muy quieta, haciéndole señas desde el lado de la puerta!

Katherine apenas pudo susurrar:

—Dios santo…

Estaba sola como en una isla desierta, metida en aquella jaula de cristal y con la muerte a su lado. UNA MUERTE QUE LE SONREÍA Y QUE LE HACIA SEÑAS AMABLES. Katherine pensó febrilmente que la policía llegaría inmediatamente y que por lo tanto le convenía permanecer quieta allí.

Pero ¿y si ella entraba?

No pudo resistir aquel pensamiento.

Era superior a sus fuerzas.

De pronto… ¡saltó!

Casi dio un golpe con la puerta a Fanny, que retrocedió medio paso. Sus facciones reflejaban sorpresa. La muchacha corrió locamente, perdiéndose entre la niebla que rodeaba Acacia Road.

Nadie pasaba por allí.

Eran más de las diez, y en Londres, fuera de las calles céntricas, no hay animación a esa hora.

Katherine llevaba zapatos demasiado altos. Oía el «toc, toc» sobre las baldosas como una amenaza. De repente lanzó un chillido.

Cayó cuan larga era. Sólo su juventud y su agilidad le impidieron romperse un tobillo, pero una luxación sí que la sufrió. Vio con desolación que uno de los tacones se le había roto, provocando su caída.

Poco a poco se puso en pie.

Al menos el peligro ya estaba lejos. Había ganado mucha distancia corriendo y abuelita Fanny no vendría por allí. Podía al

fin respirar tranquila.

Alzó la cabeza.

¡Y de pronto la vio! ¡Venía entre la niebla! ¡Parecía como si flotase!

¡AVANZABA HACIA ELLA!

Katherine lanzó un gemido gutural y siguió corriendo, pero ahora más bien saltaba de una forma grotesca porque no podía apoyar un pie en el suelo. Comprendió que abuelita Fanny le ganaría terreno y que ella jamás lograría llegar al final de su casa, situada al final de la desierta Acacia Road.

Giró velozmente hacia Chalbert Street, que la llevaría directamente a Prince Albert Road y las misteriosas frondosidades de Regent's Park. No pensó que nada hay tan siniestro como un parque solitario y en una noche de niebla. Mil veces más siniestro que una habitación cerrada, mil veces más siniestro que un cementerio.

Pero ella no calculaba llegar hasta allí. Acababa de recordar el almacén de la esquina de Chalbert Street donde guardaba algunas mercancías su padre. Ella tenía la llave. Podría entrar y cerrar sólidamente. Allí había un teléfono desde el que llamar a la policía, esperando que ésta viniera a salvarla.

También Chalbert Street era un desierto.

También por allí avanzaba la niebla.

La muchacha llegó ante la puerta del almacén y buscó en su bolso con manos trémulas. Encontró la llave al fin, pero perdiendo un tiempo precioso. Empezó a hurgar en la cerradura sin dar con ella, como si estuviese borracha.

Y entonces se dio cuenta de que al correr como quien dice a la pata coja apenas había ganado terreno a abuelita Fanny.

Ella ya volvía a estar allí.

SEGUÍA HACIÉNDOLE SEÑAS AMISTOSAS.

Seguía pidiéndole que se acercara.

Katherine no pudo ni gritar. De repente la llave cayó al suelo y supo que no iba a tener fuerzas ni para buscarla. Abuelita Fanny estaba apenas a diez pasos. Avanzaba con una rapidez que le preció increíble.

Katherine ya no pudo quedarse allí ni un instante más. Puesto que le iba a ser imposible entrar en el almacén, tendría que

despistarla como fuera. Corrió hacia Prince Albert Road.

Hizo gestos patéticos hacia un coche que venía a gran velocidad, pero éste no se detuvo. Hay calles de Londres que de noche son peligrosas incluso con las mujeres. El vehículo estuvo a punto de arrollarla.

La muchacha atravesó la calle y entró en el parque por la zona de Grand Union Canal.

La niebla, cada vez más espesa, la rodeaba.

Los árboles eran como extraños fantasmas que apenas surgían de aquella masa irreal y gris.

Regent's Park.

Uno de los lugares más viejos y más misteriosos de Londres.

Con los brazos extendidos y las facciones crispadas la muchacha avanzó hacia allí, hacia la masa de niebla, como el que avanza hacia su tumba.

CAPÍTULO IX

Puesto que ella vivía en aquel barrio conocía Regent's Park muy bien. Eso fue lo que la hizo pensar que allí podría desorientar a cualquiera, pero al avanzar unas yardas entre la niebla se dio cuenta de algo fantasmagórico: no sabía dónde estaba. La oscuridad y los nervios le habían jugado tan mala pasada que era como si acabase de penetrar en un sitio donde no hubiera estado antes jamás.

Hacia la izquierda estaba el parque zoológico.

Se estremeció.

Acababa de oír la risa espectral de una hiena.

Un par de rugidos la siguieron. La muchacha fue hacia aquel lado y de pronto las únicas luces que aún veía, las del paseo llamado Cuter Circle, desaparecieron de su vista tragadas por una masa de árboles.

Katherine tragó saliva con un espasmo.

Realmente no sabía dónde estaba.

Con las manos extendidas palpaba la niebla.

No veía a dos pasos.

Un pensamiento atroz pasó entonces por su cerebro: ¿Y si al extender los brazos la… LA TOCARA A ELLA?

Oyó el castañeteo de sus propios dientes.

La oscuridad seguía envolviéndola como un sudario.

Avanzó dos pasos hacia la izquierda queriendo ver de nuevo las luces para que al menos le sirvieran de referencia y la ayudaran a salir de allí.

Sus manos palparon la nueva oscuridad.

Y de pronto… ¡LA TOCÓ!

¡El rostro gastado! ¡Los cabellos blancos! ¡Sus ojos! ¡Sobre todo sus ojos!

¡Abuelita Fanny estaba allí!

¡Sus manos frías la buscaban a ella, a Katherine!

¡Llegaron a rozarla!

La muchacha sintió en los huesos el frío de la muerte. Lanzó un gemido. Saltó locamente hacia atrás mientras le parecía oír aquella voz irreal surgida de la niebla.

—No huyas de mí… No temas… ¡No temas!

Curiosamente era aquello lo que más pánico causaba a Katherine.

LA SONRISA DE BONDAD DE ABUELITA FANNY.

Tropezó. Cayó al suelo y anduvo a gatas mientras chillaba como una loca. Por fin su garganta se había liberado de la presión y ella podía chillar. Tuvo la sensación de que debían oírla desde los cuatro puntos cardinales del inmenso Regent's Park.

Pero nadie llegaría a tiempo de ayudarla. Era ya demasiado tarde… Demasiado tarde… ¡DEMASIADO TARDE!

Se levantó y echó a correr. De pronto se dio cuenta de que su pie respondía otra vez. Vio de nuevo las luces y avanzó hacia ellas a una velocidad increíble. Abuelita Fanny no podría seguirla.

Su corazón latía locamente mientras parecía repetirle aquella sola palabra: «Salvada… Salvada… ¡Salvada!».

Llegó casi hasta el canal.

Jadeaba estruendosamente.

Sus ojos estaban desencajados.

Y entonces… Sí, fue entonces cuando lo vio.

Sus ojos se clavaron en aquel cuchillo que rasgaba el aire.

En aquel rostro.

Con los labios exangües, sin fuerzas para pronunciar más que una sola palabra balbució:

—Tú…

El cuchillo dibujó un extraño zigzag.

Buscó su piel suave.

Su sangre caliente.

Otro zigzag.

Katherine cayó de rodillas. No se dio cuenta de que la estaban degollando como en otro tiempo habían degollado a una cortesana llamada Jocelyn.

Un tercer zigzag.

Sólo entonces sintió el dolor lacerante en su carne. Sólo entonces

notó que el calor de la sangre le saltaba hasta los ojos.

Pero aún tuvo fuerzas para pronunciar aquella única palabra. Aún pudo decir débilmente:

—Tú…

CAPÍTULO X

—Con la izquierda —dijo Sullivan lentamente—. También con la izquierda, como a los otros muertos. Y ella había visto a abuelita Fanny… Nos avisó antes. ¿Sabe qué le digo, Kingston?

—¿Qué?

—¿Cuánto cobra a sus clientes?

—A usted no le cobraré nada, inspector.

—Pues en ese caso deme hora para mañana. Estoy metido en esta historia de fantasmas y sé que dentro de poco mi cerebro ya no tendrá salvación. He de empezar a cuidarlo ahora, ¿sabe? Ahora… Todo esto es tan terrible que ya no puedo soportarlo más.

Cubrió el cuerpo con la sábana de la camilla.

Las luces amarillas de los coches rasgaban la niebla. Apenas hacía media hora que Katherine estaba muerta.

Sus últimos gritos habían atraído a un policía y éste había puesto sobre aviso a los patrulleros que buscaban por la zona. Pese a desarrollarse todo con la máxima rapidez, cuando llegaron ya era demasiado tarde. Katherine acababa de morir.

El inspector hizo un gesto de terrible cansancio.

—Por favor, llévensela de aquí.

Los camilleros se movieron como fantasmas. Se la llevaron en silencio. Todos parecían allí espectros a causa de la niebla y de las luces amarillas.

Kingston musitó:

—¿Qué va a hacer, inspector?

—No lo sé. Volverme loco.

—¿Pero aparte de eso?…

—Buscar huellas. Es la única pista que tengo por el momento. Los técnicos empezarán a trabajar en seguida, aunque nos haría falta luz natural.

—Por fortuna no parece que vaya a llover esta noche. Las

huellas no se borrarán.

—Eso espero —dijo desmayadamente Sullivan.

Y avanzó hacia un coche detenido a poca distancia y del que acababan de surgir unas siluetas. Eran los técnicos en huellas. Provistos de potentes lámparas se pusieron a buscar.

La oscuridad no ayudaba demasiado, porque los relieves se confundían. Pero a pesar de todo tuvieron suerte. Llevaban apenas diez minutos buscando cuando uno de los técnicos gruñó:

—Aquí hay algo.

Todos fueron hacia allí. Sullivan estaba ansioso, pero más lo estaba Kingston a pesar de que él no era policía. Hasta notaba que se le hacía difícil respirar.

—¿Qué es eso? —susurró Sullivan.

—No sé… Se trata de un zapato, sin duda, pero tiene unos relieves algo extraños. Quiero decir la marca que ha dejado. Fíjese… Tacón casi oblongo, puntera demasiado fina…

—¿Y qué?

El técnico musitó:

—Para mí está claro, inspector. Se trata ni más ni menos que de las huellas dejadas por los zapatos de una vieja…

CAPÍTULO XI

Por las ventanas de aquella magnífica casa situada en Park Lane, en uno de los lugares más aristocráticos de Londres, se distinguían las alamedas de Hyde Park hasta el lago artificial llamado The Serpentine. Hacía sol, cosa que ya no resultaba tan extraña pues, desde que en la zona del gran Londres se tomaron medidas anticontaminantes, la niebla sólo aparece en la ciudad de vez en cuando. El panorama era magnífico, pero Kingston no pensaba en ese paisaje inanimado de casas y de jardines. Él, el muy pecador, estaba absorto mirando el paisaje animado de las piernas de Nancy Swanson.

Ella había salido a recibirle en un salto de cama, a pesar de que ya eran casi las once. La fina tela era casi transparente y además ella no se preocupaba demasiado de cubrirse. ¿Para qué? Kingston había de reconocer que en las playas se veían bikinis mucho más atrevidos que las prendas que llevaba la muchacha. Pero con la misma sinceridad había de reconocer también que las que llevaban aquellos bikinis no estaban tan estupendas como Nancy Swanson. Ella era una mujer de excepción y por eso no podía apartar la mirada de sus curvas.

Mientras se ajustaba suavemente una de sus zapatillas de tacón, Nancy susurró:

—Le he pedido que viniera, doctor Kingston, porque tengo más confianza en usted que en el doctor Benton. Siempre me ha tratado con más amistad, con más llaneza. No parece mi médico, sino mi amigo, y por eso quiero decírselo antes a usted: voy a suspender todo tratamiento. Quizá le sorprenda, pero la cosa tiene su explicación.

Kingston negó con un suave movimiento de cabeza.

—No, no me sorprende —dijo—. Y hasta le anticipo que sé cuál es esa explicación: todo el mundo se ha dado cuenta de que usted,

Nancy Swanson, no es una visionaria.

Ella se puso en pie, abandonando el diván en que había estado sentada hasta entonces, y paseó por la habitación. El sol daba de lleno en sus formas a la vez juveniles y opulentas, en su piel de un color sonrosado y en sus labios rojos. De pronto se detuvo junto a la ventana, se volvió y miró fijamente a Kingston, pero en sus ojos flotaba una nubecilla de tristeza.

—Sí —dijo—, ahora todo el mundo sabe que abuelita Fanny existe y que no murió en el incendio del hotel Baltimore. Todo el mundo sabe que es una loca peligrosa y que mata a sus propios familiares, aunque a mí jamás me causará daño alguno. A mí me quiere, Kingston, y le juro que yo también la quiero a ella. Si pudiera hacer algo por salvarla, lo haría. Incluso espero tener esa oportunidad… Pero papá está decidido a que me marche de Inglaterra. Dice que corro peligro.

Kingston negó con la cabeza.

—No creo que corra usted peligro, Nancy. Por lo que sé de esta amarga historia, su abuela la quiere a usted y nada más que a usted. ¿Pero piensa irse de verdad? Usted acaba de ser ahora mayor de edad. ¿Va a obedecer a su padre?

—Seguramente sí, pero de todos modos daré largas al asunto. No voy a marcharme de esta ciudad a la que amo, para recorrer mundo estúpidamente, huyendo de los fantasmas.

Se puso un cigarrillo en los labios tras ofrecer otro a Kingston, que negó con la cabeza. Luego el joven susurró:

—¿Qué opina de la muerte de Katherine, la muchacha que salía con Reg?

—¿Y qué quiere que opine? Su pobre cuerpo aún debe estar en el depósito de cadáveres. ¿Por qué me hace pensar en eso?

—Perdone… Ya sé que es un tema ingrato para usted, pero a partir de este momento la policía buscará por todo Londres a abuelita Fanny. No quedará ni un ladrillo por remover. ¿Cómo era la última vez que usted la vio? ¿Qué edad debe tener ahora?

—Setenta cumplidos, pero se conserva muy bien y se mueve con gran agilidad. No es extraño, puesto que usted ya debe saber que a los cincuenta años era una mujer incluso bonita.

—¿Podría dibujarla tal como la vio por última vez?

—¿Dibujarla?…

—Sí… Sé que usted tiene buena mano. ¿Le costará mucho hacerlo?

—¿Y de qué iba a servir eso?

—Tal vez de nada, tal vez de mucho. Pero es un dato que sin duda la policía le pedirá.

Nancy sonrió tristemente.

Diríase que aquel asunto la fatigaba tanto que estaba al borde de la crisis de nervios otra vez. Pero, con un gran dominio de sí misma, se encogió de hombros y fue a buscar una cartulina y un lápiz. Antes de trazar la primera línea susurró:

—Pero creo que eso no les va a servir de nada. Está el cuadro.

—¿Es que abuelita Fanny aparecía exactamente igual que en el cuadro?

—No exactamente igual, claro. Había pasado el tiempo… Pero de todos modos las diferencias eran mínimas.

Y se puso a dibujar en la cartulina.

Realmente tenía buena mano.

Con un poco de educación y práctica hubiera podido llegar a ser incluso una apreciable artista.

Al cabo de unos minutos tendió su obra a Kingston. La imagen de la anciana era muy parecida a la que años antes quedó plasmada en el cuadro, si bien. La postura había variado ligeramente. La cara, sin embargo, seguía siendo casi la misma. Aquél había sido uno de los detalles, precisamente, que hizo creer desde el principio a los médicos que Nancy era una visionaria: veía a la anciana igual que en el cuadro. Eso significaba, según los psiquiatras, que a partir de aquella pintura su mente enferma había montado una serie de alucinaciones.

Ahora se daban cuenta de que eso no era verdad. Abuelita Fanny existía realmente.

Kingston guardó la cartulina en la cartera mientras; susurraba:

—Gracias.

—¿Para qué necesita eso?

—La policía me ha designado algo así como consejero especial. Es una tontería, ¿verdad? Pero yo pienso que de ese modo podré ayudarla, Nancy.

Se puso en pie para marchar. La presencia de la muchacha le turbaba tan profundamente que no quiso permanecer más rato allí.

Nancy le acompañó hasta la puerta.

—Siento haber dejado el tratamiento, Kingston —musitó.

—¿Por qué?

—Por usted.

Le miraba fijamente, intensamente. Había en sus labios como un pálpito secreto que llegó hasta el fondo de los sentidos del hombre.

Ella dijo suavemente:

—Le avisaré si me voy.

—Suerte, Nancy.

Y se juntaron sus bocas. No supieron cómo había ocurrido. Pero lo cierto era que Nancy tenía unos labios golosos, traviesos, y Kingston tenía unos labios ansiosos y dominadores. Lo cierto fue que aquel beso inesperado, casi violento, los unió extrañamente a los dos.

Ninguno de los dos supo lo que pudo haber ocurrido.

Quizá se hubieran dejado llevar por la pasión, quizá hubieran dejado rienda libre a sus ansias secretas.

Pero en aquel momento alguien llamó a la puerta. Era un agente uniformado.

—¿Señorita Nancy Swanson?… La ejecutiva. Lo siento, pero son ocho multas por aparcamiento indebido que usted no ha pagado aún.

Kingston torció el gesto.

Estuvo a punto de chafarle las narices a aquel tipo.

Que a uno le fastidien por dejar cinco minutos mal aparcado el coche, ya es bastante. Pero que encima vengan los de la ejecutiva cuando un hombre honrado empieza a tener un plan, a eso no hay derecho.

* * *

Lord Swanson había envejecido mucho en los últimos tiempos. Desde la muerte de su mujer ya no era el mismo, pero además ahora andaba encorvado, vacilante. El asesinato de Reg, uno de sus dos hijos, había sido como una puntilla para él. Aquel hombre tan animoso antes, tan amante de la vida, era ahora como su propio esqueleto, como su propia ruina.

Firmó un talón junto a la ventana de su lujoso despacho de Baker Street y lo tendió a Kingston.

—Sus honorarios y los del doctor Benton —dijo—. Y les ruego que me perdonen por haber suspendido tan de repente el tratamiento de Nancy.

—Nancy ya no necesita nada —susurró Kingston—. En todo caso, y como máximo, una dosis de sedantes para sus nervios. Y el viaje fuera de Inglaterra que usted le ha propuesto también puede ser una buena medicina. Pero todos sabemos ahora que esa pobre chica nunca ha sido una visionaria.

Lord Swanson entrecerró los ojos.

Quizá era aquello lo que en secreto le daba más tristeza.

Hubiese preferido que su hija adoptiva fuera una visionaria antes que tener que admitir que abuelita Fanny era una loca asesina.

Kingston adivinó sus pensamientos al preguntar:

—¿Qué va usted a hacer ahora señor Swanson? Supongo que no declarará nada a los periodistas.

—No, nada. Claro que no. En… los periódicos ignoran todavía el papel que en todo esto ha jugado la madre de mi difunta mujer. Lo de abuelita Fanny sólo lo saben la policía y ustedes, y ni uno ni otro se irán de la lengua. Scotland Yard es una institución muy discreta y por ese lado no hay nada que temer. En cuanto a ustedes dos el secreto profesional les obliga a guardar silencio.

—Por supuesto, señor Swanson. Nadie tiene interés en remover las aguas estancadas del hotel Baltimore.

—El hotel Baltimore… —lord Swanson produjo un chasquido con dos dedos mientras cerraba tristemente los ojos—. Si, ésa es una historia que hay que olvidar, aunque sé que la policía va a hacer investigaciones otra vez. Es inevitable. Pero no creo que lleguen a ninguna conclusión, porque yo estoy seguro de que abuelita Fanny murió allí.

—Antes habían tratado de matarla dos veces, ¿verdad?

—Bueno, ésa es una sucia historia… No es que quisieran matarla. Es que dos veces trataron de secuestrarla para obtener un rescate. La primera vez sufrió heridas leves, pero la segunda más graves. Tanto que tuvimos que operarla porque estuvo a punto de perder un ojo.

—Ah, ya.

—De todos modos, nada de eso tiene relación con la situación actual ni la ha tenido nunca.

Kingston le apuntó suavemente con un dedo.

—Señor Swanson, en esa época en que estuvo a punto de perder un ojo, ¿su madre política aún mantenía aquellas relaciones con el actor Bronston?

—Naturalmente que sí, pero ésa es una historia que no me gustaría ver comentada en ninguna parte.

—Descuide… Eso también forma parte del secreto profesional.

El joven se levantó y tendió la mano a aquel hombre que era uno de los más ricos y más desgraciados de Inglaterra. Los que afirman que el dinero no da la felicidad tenían en lord Swanson un buen ejemplo. Su fortuna no había hecho más que crearle complicaciones hasta llevarle a aquella especie de desastre final. Generalmente los sabios dicen que hay que tener el dinero justo. Si tienes demasiado, te tiraniza el dinero; si tienes poco, te tiraniza la miseria.

Lord Swanson murmuró:

—Gracias por todo, doctor.

—Soy yo quien debe dárselas. Le deseo suerte.

Y Kingston salió del lujoso despacho. Hacía también sol en Baker Street mientras descendía por ella a la zona elegante de Mayfair. Toda la zona de Bond Street y del Roosevelt Memorial estaba llena de gente. El día era magnífico, claro, limpio…

¿Pero por qué Kingston pensaba aquello? ¿Por qué tenía en el fondo de su cerebro aquella especie de siniestra mancha gris?…

CAPÍTULO XII

No podía negarse que Albert Swanson, después de la muerte de su hermano Reg, había tomado ciertas precauciones. Como único heredero de la fortuna familiar, necesitaba seguir vivo para mantener el apellido y el linaje. Ésa fue la razón de que, durante una larga temporada, una legión de detectives bien pagados le siguiera a todas partes y no le perdiesen de vista.

Por supuesto, nada le ocurrió.

Todas las sospechas, todos los terrores parecían infundados.

Albert aprovechó el invierno para irse a las Bahamas, donde uno podía bañarse en la arena dorada y practicar el «surf», mientras en Londres la gente, la mayoría de los días, caminaba hacia su trabajo atravesando la fina lluvia. Pero los ricos tienen esa desventaja: pueden elegir ellos su propio clima. Luego, cambiando del todo de ambiente, Albert se fue a Saint Moritz, donde estuvo esquiando casi un mes. Durante todo ese tiempo no hizo amistad con nadie, ni siquiera con una mujer, para no caer en una trampa.

Pero sólo los maestros pueden estar esquiando un mes mañana y tarde sin que les pase nada. Albert tuvo la desgracia que tenía muchísima gente: cayó de costado, dio una vuelta de campana y se rompió una pierna. De modo que cuando lo trajeron de nuevo a Londres tenía la pierna derecha convertida en un bloque de yeso y para trasladarse de un sitio a otro necesitaba casi ir a rastras.

Estaba de un humor de perros.

Pero al menos el peligro había pasado. Ya nadie parecía acordarse del siniestro asunto de abuelita Fanny.

Lord Swanson se había rehecho bastante y ya no caminaba arrastrando los pies. Nancy había pasado parte del invierno en Mallorca, de donde volvió al parecer completamente curada de sus pesadillas. Los doctores Benton y Kingston no habían vuelto a aparecer más por la casa, lo cual era una magnífica señal. Y, en fin,

los policías se habían pasado el invierno entero buscando a abuelita Fanny sin encontrar ni un maldito rastro, lo cual era mejor señal todavía. Significaba, al fin y al cabo, que se trataba de una extraña historia de fantasmas y alucinaciones con la cual no llegarían a ninguna parte.

En resumen: Albert empezaba a sentirse más tranquilo.

Por otra parte ya había llegado la primavera a Londres y de la ciudad se desprendía un nuevo optimismo. El invierno interminable, de noches largas y espesas había quedado atrás. Los enormes parques de la capital tenían un color distinto. Era una magnífica época para olvidar de una vez a todos aquellos malditos fantasmas.

De modo que Albert, ya que estaba condenado a la inmovilidad, se instaló en su estudio de Charing Gross, frente al río, y se dedicó a escuchar música y a leer. Su estudio estaba en un viejo edificio victoriano, tan noble como siniestro, desde cuyas ventanas se distinguían las cuatro enormes chimeneas de la central energética llamada Chelsea Power. Al saber que estaba de nuevo en Londres, algunas de las antiguas amiguitas de Albert empezaron a llamarle para celebrarlo, pero él no les hizo maldito caso porque le daba vergüenza que le vieran con la pierna tiesa.

En fin, después de todo no podía quejarse.

¿No podía?

¿Por qué entonces volvieron las pesadillas de nuevo? ¿Por qué se acordó otra vez de abuelita Fanny?

En apariencia no pasaba nada.

Y sin embargo hubiese jurado que cierta noche, desde su ventana, había visto a abuelita Fanny salir de la cercana estación del metro de Charing Cross y seguir lentamente a pie por Victoria Enbamkment. Hubiera jurado que abuelita Fanny se volvía hacia su ventana y le hacía una seña.

Hubiera jurado que otra noche ella estaba apoyada en el pretil que separa la calle del río Támesis. También miraba fijamente hacia su ventana, y él hubiera jurado que abuelita Fanny se secaba una lágrima.

Por supuesto, esa segunda vez llamó a la policía y dijo lo que estaba ocurriendo, pero la batida de casi cuarenta agentes no sirvió de nada. Por otra parte, ninguna de las personas que en aquellos

momentos circulaban por allí se había fijado en que hubiera una anciana parada cerca del puente.

Albert empezó a temer lo peor. Empezó a temer ser presa de las mismas alucinaciones que habían marcado la vida de su hermanastra Nancy.

Por lo tanto decidió largarse de Londres.

Nancy se había curado completamente en Mallorca. Muy bien. Él haría lo mismo.

Sólo necesitaba dar orden por teléfono a su agente de viajes para que se lo preparara todo.

Sin embargo fue precisamente la noche antes de su salida cuando Albert Swanson vivió sus horas de terror. Fue entonces cuando supo lo que es encontrarse cara a cara con el misterio y con el Más Allá, cara a cara con la muerte.

* * *

Dejó el libro y consultó su reloj. Era medianoche. Tenía la cabeza cargada de tanto leer y comprendió que quizá había exagerado un poco. Llevaba dos días sin salir para nada de su estudio sólo por el hecho de que tenía miedo.

Miró desde la ventana y vio las calles desiertas de Victoria Enbamkment. A medianoche ya no pasaba nadie por allí. Por otra parte, el edificio de apartamentos en que él vivía ahora estaba vacío a causa del fin de semana.

Generalmente aquello estaba dedicado a consultorios y a despachos, y ni el sábado ni el domingo trabajaba nadie. La sensación de soledad que daba el edificio, pues, era casi angustiosa. Tanto que Albert sintió otra vez el ramalazo de miedo, otra vez el ramalazo del miedo.

Se avergonzó de ello.

Puso música alegre y no se animó. Al contrario, hasta el ritmo de los Beatles le parecía como si tuviera algo de siniestro. Entonces, en contra de lo que se había propuesto, decidió llamar a una de sus amigas (no de las más virtuosas precisamente) para que le hiciera compañía aquella noche. A pesar de que eran más de las doce, Madeleine o Ketty, que trabajaban en clubs del Soho, vendrían con

gusto en cuanto terminaran su número.

Descolgó el aparato.

Y de pronto tuvo un sobresalto.

¿Qué diablos era aquello?

¿Por qué no obtenía línea?

Miró el auricular como si allí hubiera de encontrar la respuesta y de pronto sintió que su frente se cubría de sudor. Un chispazo de claridad en su cerebro le indicó exactamente lo ocurrido: alguien había cortado los hilos. Le habían dejado incomunicado para que no pudiera pedir socorro.

Albert Swanson colgó.

Se secó con un manotazo las gotas de sudor.

No tenía que perder la serenidad. No, de ninguna manera. Él tenía casi treinta años y no iba a acobardarse porque un fantasma quisiera acabar con él. Aunque la verdad es que los fantasmas no suelen cortar los hilos del teléfono.

Recordó que tenía las llaves del despacho situado en el piso superior.

Se trataba de una representación de cosméticos de la cual era accionista, y por lo tanto podía entrar allí cuando quisiera. Los hilos de aquel teléfono no los habrían cortado. De modo que apretó los labios y, arrastrando su pierna derecha, salió a la escalera.

Silencio.

Diríase que en aquella casa jamás había habitado nadie.

Los metales de la escalera brillaban hostilmente en la penumbra. La sensación de soledad resultaba casi abrumadora. No se oía ni siquiera un ruido de la calle, porque por Victoria Enbamkment no pasaba ni un coche.

Londres, a diferencia de otras grandes capitales del continente, es un sitio muy tranquilo fuera de las horas de trabajo.

Albert empezó a subir.

Una pisada. Otra. Otra…

La pierna le dolía.

No se atrevió a llamar al ascensor porque le daba miedo el momento de abrir la cabina. Había visto una película en que, desde las portezuelas, un monstruo se abalanzaba en la oscuridad contra el que había llamado el ascensor. ¿Pero por qué pensar en las películas de terror ahora? ¿Tan sensible se había vuelto?…

Otro peldaño más.

Ya estaba llegando.

Cada vez que movía la pierna le parecía como si no fuese suya.

Y entonces, cuando más aliviado se sentía, tuvo la mala ocurrencia de mirar hacia abajo. Él estaba en el cuarto piso y a la altura del tercero vio la mano en la barandilla.

Aquella mano que subía también.

¡Alguien venía a por él! ¡Le estaba persiguiendo!

Albert Swanson sintió el frío ramalazo del horror.

Era una mano de mujer. Sólo veía el nacimiento de la manga, pero era bastante. Sobre la mano reposaba un leve conjunto de blondas y encajes antiguos.

¿Abuelita Fanny?…

Albert no podía ni respirar. Bruscamente se acordó de Reg, del que ya no debían quedar ahora más que unos pobres huesos. Con su pierna rota e inmovilizada se sentía tan indefenso como un niño.

Quizá era algo vergonzoso, pero no le importó hacerlo. Con voz que quiso ser potente y que en realidad fue sólo un soplo, balbució:

—¡Socorro!…

La mano siguió subiendo.

Él jadeaba.

Hizo un esfuerzo y apretó el paso todo lo que pudo para llegar al piso superior. Vio la puerta. Todo aquello tenía un aire irreal y fantasmagórico, como entrevisto en una pesadilla.

—¡Socorro!

Nadie le oyó.

El enorme edificio de despachos estaba vacío.

Una imagen del antiguo primer ministro Pitt parecía sonreírle desde el rellano. Allí estaba el despacho de una compañía de seguros que se llamaba precisamente Pitt. Todo aquello tenía un aire de pasado, de olvido y de niebla que le deshacía los nervios.

De pronto las luces se apagaron.

Albert oyó el crujido de sus propios dientes. Como un obsesionado palpó la pared hasta encontrar otra vez el botón de contacto. Lo apretó y la escalera volvió a llenarse de una claridad lechosa.

Miró hacia abajo.

La mano estaba más cerca.

Se hallaba ya a menos de medio piso de distancia de él. Iba a alcanzarle si no se daba prisa.

Forcejeó con la llave.

Él no sabía que sus gestos eran muy parecidos a los que había hecho Katherine antes de morir. Caso de saberlo quizá se hubiera puesto a chillar, de tan aterrorizado que estaba. Pero él tuvo más suerte que la muchacha porque al fin logró abrir la puerta.

El silencio le acogió.

Era un silencio viscoso y cargado de presagios.

Una lucecita piloto indicaba la posición de los conmutadores. Los movió ansiosamente. Todo se llenó de una claridad turbia.

Había cerrado la puerta.

Echó el pestillo.

Y respiró ansiosamente, sintiéndose tranquilo de una vez. Ya había pasado el peligro. Abuelita Fanny, aunque fuera un fantasma, no podría atravesar aquella sólida puerta.

Buscó el teléfono.

Éste funcionaba… Menos mal… ¡Éste funcionaba!

No recordaba el número de la policía y por lo tanto tomó la guía telefónica. Estaba tan nervioso que casi la rompió. Deslizó las hojas entre los dedos, sintiendo que se ahogaba… ¡porque acababa de oír los pasos detenerse junto a la puerta!…

El pomo giró ante sus ojos atónitos.

Oyó un leve «chask». El pestillo no se movió.

Podía sentirse seguro.

Abuelita Fanny no entraría… No entraría… No…

«Tac… Tac… Tac…».

Los pasos se alejaban.

Albert abrió mucho la boca y tragó aire. Por fin había encontrado el número de la policía. Se dispuso a marcar.

«Tac… Tac…».

¿Qué pasaba?

¿Estaba borracho?

¿O los pasos acababan de sonar otra vez, pero ahora justamente dentro de la habitación?

Albert se volvió de pronto.

El sudor empapaba su cara.

Y de pronto recordó. De pronto sintió como si una mano le

apretara la garganta.

¡La segunda puerta! ¡El sitio por donde entraban las visitas que no debían pasar por la oficina!…

Fue a retroceder.

Pero ya no podía.

La pierna derecha le dolía horriblemente. Parecía como si acabara de rompérsela otra vez.

Lanzó un gemido.

Se sintió avergonzado de sí mismo, porque hubiera deseado chillar… ¡Y ni eso podía hacer!…

La mesa le impedía volver atrás. Dejó caer el auricular y miró con ojos desencajados hacia la puerta.

Sus labios se separaron temblorosos.

La vio.

La muerte estaba allí.

Y, sin saberlo, pronunció la misma palabra que había pronunciado Katherine antes de morir. Sólo capaz de decir:

—Tú…

El cuchillo fue hacia su garganta.

Zigzag.

Algo parecido a un roce de sedas.

Zigzag.

Una catarata roja.

Zigzag…

CAPÍTULO XIII

Mientras Kingston ascendía por Baker Street, la calle que para siempre estará unida al nombre legendario de Sherlock Holmes, pensaba tristemente que los Swanson, con todo su dinero, habían pasado a ser la familia más desdichada de Inglaterra. La familia incluso había desaparecido en cierto modo, pues se componía sólo de dos miembros: lord Swanson y la pequeña que él adoptó cuando tenía un año y que siempre le llamaba «papá», a pesar de saber que era sólo hija adoptiva. Nancy había sufrido una crisis al enterarse de la muerte de su hermanastro Albert y en aquel momento aún estaba siendo atendida en una clínica. En cuanto al viejo Swanson, estaba tan deprimido que Kingston tuvo miedo de que llegara incluso a quitarse la vida. Por eso le visitaba ahora.

Lord Swanson estaba solo en su despacho. Sus facciones tenían más que nunca un espeso color ceniza. Era incapaz de encender un cigarrillo porque sus dedos temblaban tanto que no podía sostenerlo.

—Me ha llamado por teléfono y me ha dicho que vendría a visitarme, Kingston —musitó—. ¿Pero por qué?

—¿Quiere que le hable con franqueza, señor Swanson? ¿Quiere que le diga la verdad?

—Claro, dígamela. Para eso ha venido, ¿no?

—Tengo miedo por usted.

—¿Miedo?

—Entiéndame: su grado de depresión ha llegado a un extremo imposible. Pienso que podría quitarse la vida.

El viejo negó con la cabeza.

—Eso no sería decente, Kingston.

—De todos modos sométase a observación. No es un truco para sacarle dinero, puesto que no pienso cobrarle nada. Sólo pienso que un tratamiento a base de tranquilizantes y una temporada de

descanso en un sitio adecuado le sentarán bien.

—Se lo agradezco, Kingston, pero olvídelo. He pasado otras temporadas malas en mi vida y las he superado siempre.

Kingston decidió dar al viejo un poco de conversación porque pensó que eso le tranquilizaría, y de paso le permitiría a él observar sus reacciones. Por eso musitó:

—Creí que su vida siempre había sido plácida, señor Swanson.

—Oh, no… Hay dramas íntimos que la gente no ve pero que fastidian incluso la vida de un millonario. ¿Para qué voy a contarle?… Primero sufrí mucho por no poder tener una hija, ya que mis dos descendientes eran varones y mi esposa había quedado imposibilitada para dar a luz de nuevo. Entonces adopté a Nancy, cuyos padres habían muerto en un incendio, pero eso también planteó problemas. A los diez años ella dijo que había visto a abuelita Fanny.

—Olvídelo.

—¿Cómo voy a olvidarlo? Eso fue el origen de todo.

—Inténtelo por lo menos.

Swanson logró al fin encender un cigarrillo, pero inmediatamente lo dejó sobre el cenicero. Con voz velada dijo:

—Está bien, trataré de olvidarlo. Pero las complicaciones siguieron cuando ella tenía dieciséis años y quise presentarla en sociedad. Fue un pequeño drama.

—¿Por qué?

Todo aquello no interesaba al joven, pero quería dar cuerda a Swanson para que éste se desahogase.

Swanson musitó:

—La sociedad británica en la cual me muevo es muy exclusivista, muy rígida. Casi le diría que muy estúpida. A ciertas alturas la sangre se tiene más en cuenta que el dinero, lo cual da origen a algunas injusticias. Por ejemplo lo que ocurrió con Nancy, la cual no fue admitida en el baile de presentación del propio palacio de Buckingham porque no era hija legítima, sino adoptiva. Para ella fue un golpe terrible. Hay que tener en cuenta que acababa de cumplir los dieciséis años.

—Entonces empezó a escribir las anotaciones en su diario, ¿no? Entonces fue cuando contó lo que había ocurrido al ver por primera vez a abuelita Fanny, cuando ella tenía sólo diez años de edad.

—Sí, es cierto… Entonces empezó a escribir una especie de memorias, pero tuvo el buen gusto de no mencionar lo de su presentación en sociedad. Ustedes vieron los cuadernillos y saben que no escribió ni una línea sobre eso. Yo creo que Nancy fue lo bastante inteligente para darse cuenta de que lo mejor era olvidarlo.

—Eso es lo mismo que pienso yo —dijo Kingston suavemente—. Ella es una chica de una inteligencia excepcional.

Guardaron un instante de silencio los dos. La tarde de Londres iba cayendo pesadamente en una serie de grises que se hacían cada vez más profundos. Al fin fue otra vez Kingston el que musitó:

—¿Sabe una cosa? Me pasa algo incomprensible, Swanson.

—¿Qué?

—Hace meses, desde el otoño pasado, tengo la sensación de que sé lo que ha ocurrido. Tengo la sensación de que poseo la clave de todo, de que he dado cien vueltas en torno a ella, y sin embargo no puedo precisar en qué consiste. Hay alguien que me lo dijo todo. No sé si fue usted, fue Nancy o fue alguno de los muertos. Pero me lo dijeron. Yo hubiera debido entenderlo con rapidez, y sin embargo floto desde entonces en una especie de nebulosa. No debo ser lo bastante inteligente para captar el sentido de las palabras, pero las palabras fueron pronunciadas, de eso no hay duda.

—¿Qué palabras?

El viejo le miraba fijamente.

Su mirada se había vuelto escrutadora y turbia.

—No lo sé —dijo Kingston—. Si recordara bien qué es esa especie de chispita que a veces se enciende y se apaga en mi cerebro, ligaría unas cosas con otras y llegaría a alguna conclusión, pero no lo sé, lo terrible es que no lo sé. Sólo me doy cuenta de que es algo que está relacionado con abuelita Fanny.

—¿Qué le dije yo de ella?

—Me ha hablado de ella muchas veces, como todo el mundo. Pero, no lo recuerdo.

Swanson le apuntó con un dedo.

—¿Sabe qué sensación tengo a veces, Kingston? —preguntó.

—¿Cuál?

—La de que usted recela de mí. La de que intenta sonsacarme y por lo tanto esta conversación es una especie de trampa.

El joven rió bruscamente, pero no lo negó. En el fondo le era

difícil disimular. Swanson había acertado porque, en realidad, sospechaba de él. De una frase suya, de algo que dijo o se le escapó se desprendía la clave de todo aquello, pero Kingston no podía recordar cuál era la frase.

Susurró:

—Olvide eso. Y de todos modos métase una sola cosa en la cabeza, señor Swanson: abuelita Fanny murió hace quince años. No existe.

Fue en aquel momento cuando sonó el teléfono.

Lord Swanson lo miró sorprendido.

—No esperaba que nadie me llamase —dijo—. Ésta es la línea privada.

—¿Y quién conoce el número?

—Sólo mi familia más íntima.

Kingston se puso inmediatamente en guardia.

No supo bien por qué.

El teléfono seguía sonando.

Su repiqueteo llenaba el cerebro como una obsesión.

—No lo descuelgue aún —murmuró el joven—. ¿Tiene algún supletorio desde el que pueda oír?

—Sí. Ahí.

Le señalaba un aparato auxiliar que estaba junto a la mesa ocupada por Kingston. Éste hizo una seña y los dos descolgaron materialmente al mismo tiempo. Kingston tuvo un estremecimiento.

Aquella voz…

… ¡Aquella condenada voz de vieja!

—Jim —dijo la voz—. Jim, por Dios, óyeme… Soy Fanny…

* * *

Kingston sintió que se le secaba la boca. Los oídos parecieron pincharle. Notó la palidez terrible de lord Swanson, que apenas podía sostener el auricular.

—¿Quién? —barbotó.

—Tu madre política… ¡Fanny!

Por la palidez terrible de aquel hombre, Kingston comprendió que había reconocido la voz. Debía ser auténtica. Una voz así no se

olvida aunque hayan transcurrido más de quince años.

—He guardado silencio por vergüenza, aunque he tratado de entrar en contacto con vosotros varias veces… Con aquella pobre muchacha que se llamaba Katherine y que sin duda me hubiera comprendido. Y también con Albert, que no era orgulloso. Tú me dabas un poco de miedo, pero ya no puedo más. Te suplico que vengas a verme… ¡No puedo más!

Lord Swanson estaba totalmente destrozado. Se notaba que el que no podía más era él.

Kingston le hizo una enérgica seña para que siguiese hablando.

—¿Quieres… que nos veamos? —musitó el hombre.

—Sí —dijo la voz—. Cuanto antes. Lo necesito… Pero con la condición de que no me reproches nada.

—¿Qué puedo reprocharte?

—Durante años he temido que no quisieras mirarme a la cara nunca más.

—¿Por qué?

—Por lo del hotel Baltimore.

Lord Swanson se estremeció otra vez.

Kingston le hizo otra enérgica seña para que siguiese hablando.

Cada vez lo entendía menos, pero tenía la sensación de que aquella voz era auténtica.

Claro que lo del hotel Baltimore lo sabía mucha gente…

Incluso lo podía haber preparado el propio lord Swanson por medio de un disco cuyo texto conocía muy bien, lo que le permitía adecuar las preguntas. Al fin y al cabo sabía la hora en que Kingston iba a venir a verle, por lo que podía haberlo preparado todo.

El dueño de la casa preguntó:

—¿Dónde nos vemos?

—Estoy muy cerca de aquí, en Dorset Square. Desde la cabina casi puedo ver las ventanas de tu despacho.

—¿Quieres que… que salga?

—Oh, naturalmente… Ven a verme, por favor… Ven a verme… Lo necesito…

La comunicación fue cortada.

Habían colgado al otro lado del hilo.

Lord Swanson, terriblemente pálido, cortó también.

Por unos momentos fue incapaz de hablar.

Había que reconocer que, si disimulaba, lo estaba haciendo perfectamente.

—¿Qué hago, Kingston? —balbució al fin.

—Vaya.

—¿Va… va a acompañarme usted?

—¿Qué es lo que prefiere? Quizá le convenga más ir solo, si se trata de una entrevista confidencial.

—No, por favor… Acompáñeme.

Los dos hombres salieron entonces.

Era domingo al anochecer. Los parques aún estaban animados, pero Baker Street aparecía como una calle casi vacía. Los coches iban a poca velocidad y sólo algunas personas paseaban con la mirada perdida. Daba la sensación de que el honrado pueblo de Londres se aburría soberanamente.

Kingston musitó:

—Allí.

Señalaba hacia la cercana Dorset Square, junto a Gloucester Place.

Los dos fueron a cruzar la calle. Y en aquel momento un rifle con mira telescópica apareció en una ventana del edificio que acababan de dejar, a la altura de las ventanas del despacho de lord Swanson. Un rifle automático que apuntó fríamente a su nuca.

CAPÍTULO XIV

Ninguno de los dos le vio. En realidad no podían ni soñar siquiera que al viejo Swanson le pudiese venir la muerte por aquel lado.

Lo curioso fue que Swanson hubiese muerto con absoluta seguridad caso de ser un hombre joven. La bala le hubiese atravesado la nuca y él no se hubiera dado ni cuenta. Pero al fallarle las piernas y al sufrir un traspiés, Kingston hubo de sujetarle y le hizo desviar el cuerpo un poco.

La bala le rozó la oreja derecha.

Produjo en ella una línea de sangre.

El proyectil no había producido ningún ruido, y en el primer instante la víctima no sintió más que un picotazo. Pero Kingston sí que se dio cuenta inmediatamente de lo que ocurría. Dio un empujón a su acompañante mientras gritaba:

—¡Cuidado!…

Dos balas más segaron el aire.

Los dos hombres rodaban ya por el suelo. Los plomos se hundieron en el asfalto sin causarles daño.

Kingston, mientras giraba vertiginosamente sobre sí mismo, se dio cuenta solamente de una cosa: disparaban desde la misma altura del despacho de Lord Swanson, aunque desde una ventana distinta. En el edificio vacío por ser domingo, no habría resultado difícil elegir posiciones.

La gente apenas se había dado cuenta de nada.

Sólo vieron a dos personas rodando por el suelo y los escasos testigos pensaron que era un accidente de tráfico.

¿Un accidente de tráfico sin coches?

Pero en la confusión del primer momento todo parecía posible. Y sin embargo aún había de ocurrir lo más angustioso. Aún había de ocurrir lo más espectacular, lo más aparentemente absurdo.

De pronto, de la ventana por donde acababan de brotar los disparos… ¡salió despedido un hombre!

¡Un hombre que se precipitó al vacío mientras lanzaba un aullido de muerte!

El rifle salió volando con él. Nadie pudo ver nada más. De pronto el asfalto pareció teñirse de rojo.

Kingston sintió una náusea.

Lord Swanson había perdido el sentido, aunque no le ocurría nada grave. Sencillamente, la impresión había sido demasiado fuerte para él. Mientras la gente corría llegando desde todas direcciones, Kingston corrió frenéticamente hacia la casa.

No usó ni el ascensor.

Su impaciencia no se lo permitía.

En un instante se plantó en el cuarto piso. Miró jadeante en torno suyo.

El silencio era total.

Agobiante.

Detrás de la puerta cerrada de cada despacho parecía aguardarle un mundo hostil. Nadie más subía porque la gente, abajo, aún no sabía qué diablos acababa de ocurrir.

Kingston avanzó poco a poco.

Tenía todos los nervios en tensión.

Sabía que había llegado al final del largo túnel. Adivinaba que de un momento a otro podía cegarle la luz, pero sería sin duda una luz viscosa.

Casi tenía miedo de seguir avanzando.

Le daba miedo conocer la verdad.

Los casquillos de las balas le hicieron saber desde qué ventana exactamente habían sido hechos los disparos. Era una ventana correspondiente a un cuarto de servicios. Desde allí calculó el tiempo que él había necesitado para subir. Su conclusión fue que la persona que había lanzado al frustrado asesino sólo podía estar en uno de los tres despachos que había a la izquierda.

Abrió el primero.

No estaba cerrado porque el lunes empezarían a trabajar los pintores en él. Pero no había allí nada excepto papeles sucios. Hizo girar el pomo de la segunda puerta y vio que estaba cerrada herméticamente. Pasó entonces a la tercera.

La hoja de madera cedió.
Todo estaba en calma.
Tranquilo.
Lo único que rompía patéticamente aquella calma y aquel silencio eran los sollozos pausados de la muchacha.
Kingston no dijo una palabra. Fue a la máquina automática para preparar cafés que había en el pasillo, introdujo una moneda en la ranura y esperó a tener el vaso lleno de la infusión caliente. Sus nervios vibraban, pero externamente parecía tan tranquilo como si estuviera viendo una partida de ajedrez.
Acercó el vaso a Nancy.
—Toma —musitó—, bebe. Te sentará bien.
Ella tenía los ojos anegados en llanto. Le miró como si no creyera que fuese él quien estaba allí. Con manos temblorosas tomó el vaso de papel.
—He… he salvado a mi padre —bisbiseó—. Iban… iban a matarle…
—Bebe… Necesitas calmarte, Nancy. Bebe.
Ella tomó un par de sorbos. Las fuerzas parecían haberla abandonado. De pronto dejó caer el vaso.
—¿Un cigarrillo?
—No.
—Hay mucha gente abajo —susurró Kingston—, pero como nadie entiende nada avisarán a la policía y hasta entonces no creo que suban. De modo que disponemos de cuatro minutos largos.
—¿Cuatro minutos para qué?…
Los ojos de Nancy aún estaban llorosos.
Pero su voz era espesa y ronca.
Kingston se encogió de hombros mientras a sus labios asomaba una sonrisa cargada de tristeza.
—Pues… pues cuatro minutos para hablar —dijo—. Por ejemplo para que me digas cuánto pagaste a ese hombre.
—¿A qué hombre?
—Al que disparó contra tu padre. No sé cuánto le diste, Nancy, pero podías haber contratado a un asesino mejor. En Londres los hay. Un hombre que no necesitara prepararse tanto antes de hacer un disparo.
Nancy le miró de soslayo. Sus labios temblaron bruscamente.

Con voz incrédula, casi gangosa, barbotó:

—¿Qué quieres decir?

—Sólo eso: que tenías proyectado matar a tu padre adoptivo por medio de un asesino profesional en cuanto saliera a la calle. Tú estabas junto al tirador. Y una vez liquidado lord Swanson, harías al asesino una llave para arrojarlo desde la ventana. Eso no era tan difícil, puesto que tú te habías entrenado y él estaría desprevenido. ¿Beneficios a obtener con eso? Dos: él no podría decir jamás que le habías contratado tú, y la policía creería que eras una santita porque habías tratado de salvar *in extremis* a tu padre. En cuanto a tu presencia en el edificio, no habría de extrañar a nadie, puesto que lord Swanson tiene aquí un despacho donde era muy natural que vinieses a verle.

Los labios de la muchacha seguían temblando. Pero dejó de mirar al hombre. Con voz velada susurró:

—Tú te has vuelto loco, Kingston. De tanto tratar con enfermos se te ha contagiado a ti.

—No, Nancy. Casi lo preferiría, pero desgraciadamente no es así. Tú has matado a Reg y a Albert. Y a la pobre Katherine.

—¿Qué… qué dices? Eso es… grotesco. Y además… ¿para qué tenía que haberlo hecho?

—Por dos motivos.

—¿Dos? ¿Nada menos que dos? ¿Qué he de hacer, Kingston? ¿Escupirte a la cara o reírme?

—Escúpeme a la cara. Será mejor… Pero con eso no impedirás que hable, Nancy. He dicho que tus motivos fueron dos y te los detallaré bien: el primero fue el deseo de heredar, ya que tu parte era pequeña al ser hija adoptiva, y con la fortuna íntegra de los Swanson te convertirías en una de las mujeres más ricas de Inglaterra; el segundo deseo estaba ligado al primero y consistía en vengarte de tus humillaciones, unas humillaciones que empezaron cuando tus propias amigas no te admitieron en sus círculos sociales. En lugar de escupirles tu desprecio, que era lo que merecían, caíste en la trampa de querer ser más que ellas. Y entonces creaste a abuelita Fanny.

—Pero… ¡pero tú estás loco! ¡A abuelita Fanny la había visto cuando yo tenía sólo diez años!

—A los diez años tú no tenías maldad, Nancy, eso es cierto. Pero

no viste a abuelita Fanny sino a una impostora que quería ganarse tu confianza para secuestrarte y obtener un rescate. Tus padres ya habían temido que sucediera eso. De todos modos el asunto casi se olvidó hasta que tú, a los dieciséis años, lo recordaste en todos sus detalles y decidiste aprovecharlo.

—¿Aprovecharlo? Sigues estando loco, Kingston. ¿Aprovecharlo para qué?

—Para crear una culpable que no existía. Te diste cuenta de que de una circunstancia fortuita como aquélla podías obtener un provecho enorme: nada menos que la impunidad para los crímenes que pensabas cometer más tarde. Como a los diez años una niña no miente y había muchos testigos de que tú, en efecto, habías visto a «abuelita Fanny», nadie se extrañó que a los dieciséis volvieras a verla. ¿Pero cómo la veías? No en realidad, sino a través del relato que tú misma hacías de vuestros «encuentros». Un relato anotado en tu agenda que el doctor Benton examinaba con ánimo de curarte, y del que por supuesto también tendría conocimiento la policía en el momento oportuno.

Kingston hizo una pequeña pausa. Luego susurró:

—Dudo que haya en la historia criminal de Inglaterra unos delitos tan largamente preparados como los tuyos: cuatro años nada menos. Pero tenías paciencia porque tampoco te interesaba disponer de la fortuna de los Swanson antes de la mayoría de edad. A los veinte años, después de cuatro de tratamientos con los médicos, decidiste eliminar a tío John. Él era el más fácil. Frecuentaba con alegres mujercitas las viejas residencias de la familia, de modo que cualquier noche podías dar el golpe.

—Pero… ¡pero si la policía encontró un magnetófono!…

—El magnetófono lo pusiste tú después de asesinar a Jocelyn. No es que la pobre quisiera hacer chantaje. Fuiste tú la que buscó la sensación de que la autora de las dos muertes no había causado ningún ruido, como si pudiera flotar en el aire. Luego esperaste a John abajo.

—Es absurdo… Él vio… ¡él vio a abuelita Fanny, no a mí!

—Justo. Y pronunció su nombre, que era lo que tú querías que quedara grabado en el magnetófono. Todo resultó perfecto. Incluso, para que los forenses tuvieran la sensación de que las puñaladas habían sido asestadas por una persona muy vieja y que ya tenía las

articulaciones rígidas, te ataste a la parte inferior de los brazos unos listones de madera. Seguro que hiciste eso. Perfectamente disfrazada con las ropas de abuelita Fanny debías parecer un muñeco mecánico…

Nancy se puso en pie.

Sus dedos arañaron la mesa.

Pero aún no se dio por vencida. Aún apuntó rabiosamente a Kingston mientras gritaba:

—¡Mientes! ¡Tú sabes que eso no es verdad! ¡Luego volví a ver a abuelita Fanny! ¡La policía que me seguía aún pudo oír el piano!

—Lo del piano fue un buen truco, Nancy, como el de quitar y poner el retrato de tu antepasado, cuyo paradero tú conocías muy bien. Sabiendo que la policía iba detrás tuyo para protegerte, fingiste un encuentro con abuelita Fanny, tocaste el piano hasta que ya casi estaban en la puerta y luego fingiste un desmayo. Fue un número completo.

—Vuelves a equivocarte. ¿Qué necesidad tenía yo de avisar a Reg? Dije que lo matarían. Intenté que se pusiera a salvo. ¡Lo llamé delante tuyo!

—Justo: delante mío. Era necesario que alguien lo oyera. Pensabas matar a Reg mucho más tarde, de modo que no importaba mucho que tomara al principio algunas precauciones de las que luego iría olvidándose. Y lo cazaste en aquella casa de los Horrores. También las mismas heridas rígidas. También la sensación del muñeco mecánico…

—Eso sigue sin tener sentido… ¿Tratarás de decir que yo maté también a Albert?

—Albert era el último que te quedaba y en él gastaste más tiempo aún. La policía tenía que hartarse de buscar a abuelita Fanny, que al fin y al cabo no existía. Nunca te buscarían a ti.

La voz ronca, espesa, pareció surgir del fondo de las entrañas de Nancy.

—¿En qué te fundas para decir que Fanny no existe? ¿En qué?…

—En el propio dibujo que tú hiciste, muchacha. Recuerda que una vez me la dibujaste tal como la habías visto siempre; lo que hiciste fue copiar casi enteramente el cuadro, que en realidad era tu única referencia, pues a abuelita Fanny no la habías visto nunca. Pero tu padre me dijo un día que estuvo a punto de perder un ojo y

que tuvieron que operarla. Fue la clave, pero reconozco que yo no la capté. No la he captado hasta ahora… Si abuelita Fanny tenía un ojo casi tapado… ¿cómo podías verla tú igual que en el cuadro, que le había sido hecho antes de la operación? ¿No estaba ahí la prueba de que la inventabas?

Los dientes de Nancy chirriaron.

Por primera vez pareció sentirse acorralada. En sus ojos brilló una expresión demoníaca. Por primera vez todo su cuerpo tembló y se tensó como un arco.

—Demasiado fácil, Kingston —barbotó—. Demasiado fácil, maldito, si crees que vas a detenerme.

—Es que no pienso detenerte, Nancy.

Ella pestañeó.

—¿Qué?

—Digo que no pienso detenerte. Aunque te parezca mentira te he estado queriendo durante todos estos años, te estado queriendo con toda la sinceridad que aún queda en mi vida. Tus crímenes son repulsivos, pero no quiero ver morir mis sentimientos detrás de los muros de la prisión de Broadmoor. Tu padre adoptivo no ha muerto y por lo tanto no heredarás. En cambio puedes huir. Lárgate de una vez, condenada… Sé que cometo una locura, pero nunca te acusaré. Vete… ¡VETE!

Nancy le miraba como alucinada.

Al principio quizá no lo entendió. ¿Qué significaba aquello?… ¿Que la dejaba ir?

Pero poco a poco el pensamiento penetró en su cerebro como un bálsamo. Podía aprovecharse de los sentimientos de aquel hombre. Era libre… Tenía tiempo de huir… Nadie sabría nada.

Pasó junto a Kingston.

En aquel momento aún no creía que él fuera a dejarla libre. Pensó que la sujetaría. Pensó que iba a saltar. Pero Kingston no se movió. La vio alejarse con un extraño sentimiento de repulsión, de pena y al mismo tiempo de deseo. Quizá nunca le había parecido tan bonita como entonces. Quizá nunca le había inspirado tanta compasión.

La muchacha casi avanzaba de espaldas.

Iba hacia las escaleras.

Sus labios seguían temblando.

Brillaban sus ojos…

Y de pronto los ojos de Kingston brillaron también. Se estremeció. Estuvo a punto de lanzar un grito.

No… ¡No era posible!

¡ESTABA SOÑANDO!

Pero alguien había llegado allí. Alguien había alcanzado el último peldaño. Alguien esperaba a Nancy, que todavía avanzaba hacia ella sin verla.

¡ERA ABUELITA FANNY!…

CAPÍTULO XV

Una sensación de miedo, de incredulidad, se apoderó de Kingston. Era también una oscura sensación de impotencia, de dolor. No le avergonzó confesarlo: Estaba más asustado que en cualquier otro momento de su vida. Quiso avisar a Nancy, que seguía caminando de espaldas, pero la voz no surgió de su garganta.

De pronto Nancy debió notar algo extraño en su rostro y se volvió. Bruscamente, de una manera espectacular y casi horrísona, se encontró a dos pasos de abuelita Fanny. Ella le había tendido los brazos. Ella le sonreía dulcemente.

El chillido espantoso, lacerante, debió oírse en todo el edificio.

Ahora sí que Nancy no pudo resistirlo. Encontrarse cara a cara con la mujer a la que ella daba por muerta desde quince años atrás, fue superior a sus fuerzas. Dio un terrible salto para escapar de aquellos brazos. Brincó. Sus zapatos vibraron. Resbaló por los peldaños.

Aquel grito lacerante se descompuso en una serie de gritos más bruscos, más entrecortados, más breves.

Nancy estaba rodando por los peldaños. Su nuca chocó al menos diez veces con las aristas. Su columna vertebral pareció saltar en pedazos. Su garganta se rompió en un aullido.

Y quedó quieta un descansillo más abajo.

Espantosamente quieta.

Con un hilo de sangre brotándole de la boca.

Con los ojos vidriosos.

Con su mirada de muerta petrificada en un solo punto del espacio: aquel punto en que había visto aparecer a abuelita Fanny, aquel punto misterioso en que el cariño y el horror juntos habían brotado de las sombras.

CAPÍTULO XVI

—Realmente Fanny no murió en el incendio del hotel Baltimore —dijo Sullivan una hora más tarde, mientras estaban reunidos en el silencio de su despacho—. Reconozco que es una de las sorpresas más violentas de mi vida, pero todo tiene su explicación. A través de sus primeras declaraciones creo que la he encontrado.

Kingston, que era el único no policía de los reunidos allí, musitó:

—Pero la documentación, los vestidos, las ropas… El hecho mismo de que Bronston estuviera con ella…

—Todo se inició con aquel atentado contra Fanny y la operación en uno de sus párpados —dijo Sullivan—. No es que a partir de entonces fuese una tuerta, pero en algunos aspectos lo parecía. Eso fue lo que le hizo pensar en separarse de Bronston, al que amaba realmente y al que no quería causar de ningún modo una decepción. No se habían casado, siendo ella ya viuda, por esos convencionalismos de la alta sociedad británica que ve con malos ojos los matrimonios entre personas de distinta clase. El caso fue que rompieron pero él suplicó tanto, la llamó tantas veces sin saber cuál era el verdadero motivo, que Fanny, pensando sólo en la satisfacción del hombre al que amaba, intentó ayudar a la ruptura usando un procedimiento heroico para una mujer enamorada: buscarle una sustituta.

—¿Una sustituta?

—Sí, pero una mujer muy parecida a ella misma, a Fanny, para que Bronston siguiera amándola a través de su cuerpo y también para que no la echara tanto en falta y no la persiguiera con tanta insistencia. De modo que aquella tarde ella se presentó en el hotel Baltimore, donde ya estaba hospedado Bronston, y firmó la ficha de entrada como otras veces, pero la que subió a la habitación no fue ella, sino la sustituta, una cortesana de gran clase que además usaría las ropas y las alhajas más normales de Fanny. Incluso ella le

dio su documentación y una carta para que Bronston viese que no era una impostora y que venía en su nombre. Lo que pasó en la habitación nadie lo sabrá nunca, pero es muy posible que al principio Bronston creyese en una burla; que se desesperase luego; y que al fin se dejase convencer por los «argumentos» de aquella mujer tan exacta a la que él amaba. El resultado fue que murieron juntos. Un triste resultado que Fanny no pudo imaginar jamás.

—¿Pero por qué se ocultó? —susurró Kingston—. ¿Cuál fue el motivo de que no volviera con su familia?

—Muy sencillo: la vergüenza. A causa del incendio se había sabido todo, y en los ambientes en que Fanny se movía eso significaba una auténtica catástrofe social. Como tenía mucho dinero, se dedicó entonces a vivir en un lugar aislado de Escocia mientras esperaba la oportunidad de ponerse de nuevo en contacto con su familia. Lo intentó tímidamente acercándose un día a su nieta en el gran parque de la casa familiar. De modo que la abuelita Fanny a la que Nancy vio no era una impostora, sino la auténtica. Abuelita Fanny confiaba en que la pequeña le sirviera de algo así como de embajadora ante las rencorosas personas mayores. Pero el resultado fue aún peor, porque la tomaron por una visionaria. Desalentada, Fanny volvió a Escocia y no regresó hasta después de la muerte de John. No se puso en contacto con nadie excepto con Katherine. Con ella sí que quiso hablar.

—¿Y por qué con Katherine?

—Por una razón: le era simpática. La había seguido mientras salía con Reg y sabía que era una muchacha de las que ya no se encuentran por Londres. Entonces quiso hablarle para exponer su situación, ya que no se atrevía a presentarse sin más ante su familia; ni siquiera a escribir una carta que no sabía cómo iba a ser interpretada en según qué círculos; lo más fácil era que entregasen la carta a la policía. Pero eligió un mal momento: una noche de niebla.

Kingston alzó una mano. Balbució:

—Entonces a Katherine, ¿la mató Nancy sin saber que abuelita Fanny estaba cerca?

—Evidentemente. Casi se cruzaron en la niebla.

—¿Pero por qué? Katherine no era heredera… No le beneficiaba su muerte…

—Sí y no. Katherine había llamado aquella noche a la policía diciendo que quería explicar algo curioso. Yo supongo que quizá sospechaba que la «abuelita Fanny» a la que ella vio cometer un crimen en la casa de los Horrores era otra persona disfrazada. Quizá recordó sus movimientos de muñeco mecánico y le vino a la memoria el detalle de las tiras de madera atadas a los brazos. O quizá al ver a la auténtica abuelita Fanny recordó ciertas diferencias… como el ojo medio hundido del que Nancy ya no se acordaba, puesto que la había visto sólo unos minutos cuando tenía únicamente diez años. Con la declaración de Katherine lo hubiésemos tenido resuelto todo o casi todo, pero desgraciadamente falló. Abuelita Fanny le dio un miedo que no pretendía darle de ninguna manera. Y en cuanto a Nancy, que la conocía bien y la vigilaba —Reg las había presentado a las dos— acabó con ella para que no hablase. ¿Que cómo supo que Katherine iba a llamar a la policía? Pues porque la misma Katherine debió confiarle sus preocupaciones. No sospechaba ni remotamente que estaba hablando con la propia asesina…

Kingston se secó las gotitas de sudor que perlaban su frente.

No podía evitarlo. Sentía un regusto amargo en la boca.

—La pobre abuelita Fanny trató luego de ponerse en contacto con Albert, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, pero también fue inútil. La pobre mujer sabía que ahora daba miedo y por eso actuaba con timidez, hasta que hace poco se atrevió a llamar por teléfono a lord Swanson, su propio hijo político. Quizá debió haber empezado por ahí… Pero su llamada provocó las cosas. Nancy, que había contratado a un hombre para eliminar, aquel domingo por la tarde, el último obstáculo entre ella y la herencia, quiso dar el golpe postrero…

Dejó caer la mano sobre la mesa.

Todos sentían una intensa pesadumbre.

Ni siquiera les aliviaba el saber que el siniestro caso había terminado.

Kingston musitó:

—Ya lo hemos visto todos… ¿De qué ha servido la fortuna de los Swanson? Es cierto que el dinero no da la felicidad.

Y llamó a su socio, el doctor Benton, para contarle lo ocurrido.

Pero Benton apenas le escuchó.

—¿Dices que has estado visitando a lord Swanson un domingo por la tarde? ¿Y sin pretender cobrarle nada? ¿Pero en qué mundo vives, Kingston? ¿No sabes tú que los domingos se cobra tarifa doble? ¡Demonios! ¡Aprovecha! ¡Cóbrale en seguida! ¡Cóbrale antes de que cambie de médico!

—Pero Benton… el dinero no da la felicidad.

—¿Para qué me digas eso te hice mi socio? ¿Así vamos a hacernos grandes? ¡Infiernos! ¡COBRA!

Kingston, rojo como la grana, colgó el auricular mientras musitaba:

—Pues sí que…

F I N



FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927) es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia,* alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona,* novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984

obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.